

# MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 36  
28 Abril 1926

50 céntimos

Baldrich 26.



PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS.

Ed. "Saturnino Calleja"

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL.



*Cualquier defecto, sea en el rostro o en el cuerpo, desaparecerá radicalmente usando los*

**PREPARADOS DE BELLEZA NORTEAMERICANOS de MILLAT**

*de fama y garantía absoluta.*

N.º		Ptas.
1	Para disimular y hacer desaparecer las marcas de viruela...	8
2	Para destruir el pelo o vello radicalmente.....	8
3	Contra la rubicundez de cara, brazos y escote.....	8
4	Para reducir los tobillos muy voluminosos.....	8
5	Contra las verrugas y los lunares.....	8
6	Para hacer desaparecer las pecas.....	8
7	Loción para blanquear y hermoear el cutis.....	8
8	Contra el cutis áspero y seco (lo suaviza y embellece).....	8
9	Para suavizar y embellecer el cutis ardiente e irritable.....	8
10	Para dar brillo y fascinación a la mirada.....	8
11	Contra las manchas de la piel.....	8
12	Contra los juanetes, durezas y calosidades de los pies....	8
13	Para desarrollar las pestañas.....	8
14	Para modelar, dar bella forma y endurecer los pechos.....	10
15	Contra los puntos negros de la nariz y la cara.....	8
16	Para dar al globo del ojo un blanco azulado natural.....	8
17	Contra los orzuelos e inflamación de los párpados.....	8
18	Para poblar las cejas poco espesas.....	8
19	Para dar brillo encantador a las uñas (muy permanente)...	5
20	Barritas para sombrear párpados en negro o azul.....	2
21	Para dar al cabello un color castaño claro pajizo (gran moda).....	8
22	Contra el cutis luciente o grasoso.....	8
23	Para dar color y frescura a las mejillas.....	2,50
24	Para rizar permanentemente el cabello.....	8
25	Para embellecer el cuello y el escote.....	8
26	Para ondular el cabello.....	8
27	Contra las arrugas.....	8
28	Pasta dentífrica blanca (en tubos).....	2
29	Pasta dentífrica carmin (colorea labios y encías).....	2
30	Contra el mal aliento y las caries de los dientes.....	8
31	Contra los granos y rojeces de la piel.....	8
32	Polvos puros de arroz para el cutis.....	caja 3,50
33	Carmin líquido para hermoear los labios.....	3
34	Contra las grietas de los labios.....	3
35	Contra la obesidad (sales para 6 baños).....	8
36	Contra la delgadez (sales para 6 baños).....	8
37	Para teñir y hacer desaparecer las canas.....	8
38	Para dar al cabello un hermoso color rubio oro.....	8
39	Para detener la caída del cabello y reforzarlo.....	8
40	Contra el sudor de manos, pies y sobacos.....	8
41	Para corregir y perfilar las cejas (depilatorio).....	8
42	Lápices para pintar y dar realce a las cejas.....	2
43	Loción para conservar siempre hermosa cabellera.....	8
44	Brillantina hermoeadora del cabello.....	5
45	Contra los sabañones de pies y manos.....	3
46	Contra las grasas y carnes flojas.....	15
47	Para llenar, contornear y embellecer las formas.....	15
48	Crema para blanquear y perfumar el cuerpo.....	20
49	Loción para fijar los polvos al cutis.....	5
50	Combinación especial para hermoear.....	8
51	Barniz para hermoear y dar realce al párpado superior....	5
52	Esmalte porcelana para el cutis (blanco).....	8
53	Esmalte porcelana para el cutis (rosa).....	8
54	Esmalte porcelana para el cutis (morisco).....	8
55	Pasta para ennegrecer y alargar las pestañas.....	3,50
56	Esmalte porcelana para el cutis (natural).....	8
57	Esmalte porcelana para el cutis (rachel).....	8
58	Agua de Colonia mentolada para fricciones.....	8

DE VENTA EN BARCELONA Y MADRID EN LAS BUENAS PERFUMERÍAS

Enviando el importe en sellos de correo o giro postal mas 0,50 para gastos de envío a **MILLAT**, Apartado de Correos 541, BARCELONA, los recibirá certificados en su propio domicilio.

DEPOSITARIO EN MADRID: **CASA CINTO**.—RUIZ, 18

**VALE** por una caja grande de polvos de arroz norteamericanos, superiores para el cutis, en color....., que ruego remitan a la dirección adjunta por correo certificado, para lo cual envío pesetas 1,85 en sellos de correo.

Remita este vale a **Especialidades MILLAT**. Apartado de Correos núm. 541.—BARCELONA.

**M U J E R**

REVISTA DEL MUNDO Y DE LA MODA

DIRÍJASE LA CORRESPONDENCIA

Y SUSCRICIONES AL

APARTADO 447

**MADRID**

**SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES**

CON UN SUPLEMENTO SEMANAL

EL SUPLEMENTO NO SE VENDE SUELTO

**PRECIOS DE LA REVISTA**

**SIN SUPLEMENTO**

**CON SUPLEMENTO**

Número; 50 céntimos.

Número, 80 céntimos.

**PRECIOS DE SUSCRICIÓN**

**CON SUPLEMENTO**

**SIN SUPLEMENTO**

*Pesetas*

*Pesetas*

Año..... 37,—

Año..... 23,—

Semestre..... 19,—

Semestre..... 12,—

Trimestre..... 10,—

Trimestre..... 6,—

Mes..... 3,25

Mes..... 2,—

Las suscripciones por mes sólo se admiten en Madrid, Barcelona, Sevilla y Santander.

**PLATERÍA Y JOYERÍA D. GARCÍA**

ORFEBRE DE LA REAL CASA



ARTÍSTICOS Y MARAVILLOSOS  
**OBJETOS PARA REGALOS**

ALMACENES Y DESPACHO:

SAL, NÚMEROS 2 AL 8, Y ESPARTEROS, 16 Y 18

FÁBRICA: FERRAZ, 17

TELÉFONO 22-41-M



la; pero ha de ser como lo hacemos: en «auto» y deteniéndonos en cuantos pueblos se nos antoja. Me parece que esa es la verdadera manera de conocer mi país, enterándome de las costumbres y la indumentaria propias de cada región, apreciando la diferencia de tipos y de acentos, etc.; y quien dice conocer España, dice quererla.

—Y de España, ¿qué parte prefiere?

—Desde luego, Galicia —contesta rápidamente—; me parece lo más hermoso, indiscutiblemente, y me resisto a creer que pueda haber en el mundo paisajes como aquellos. Además de la parte puramente estética, también entran, en mi entusiasmo por Galicia, razones de índole sentimental.

—¿Pues...?

—Allí —dice con emoción— me siento querida por todo y por todos. Cuando llegamos parece que hasta las piedras de las carreteras nos saludan con afecto, y los árboles parece que corean la bienvenida que nos dan los robustos campesinos y las aldeanas de ojos negros y encendidas mejillas.

Y añade:

—Ese cariño que nos tienen en toda aquella región se manifiesta con frecuencia de una manera conmovedora. Así, por ejemplo, el año pasado, en Puebla del Caramiñal, una compañía dramática portuguesa dió una función solemne en honor de mis padres y la orquesta tocó la Marcha Real, entre el entusiasmo del público, a nuestra entrada y a nuestra salida. Otra vez, yo fui nombrada presidenta de los coros ferrolanos; y recuerdo que fué aquel un día de agasajos y de diversiones ininterrumpidos.

—¿Y le gusta a usted mucho divertirse?

—¡Mucho! Bailando, soy infatigable, y le aseguro que me siento, sino con fuerzas, en todo caso con deseos de batir el *record* del vals o del tango.

—Con tan envidiable elasticidad, ¿será usted una excelente *sportswoman*?

—Juego bastante al tenis; pero mi deporte predilecto es la equitación.

—Sé que también se divierte usted mucho durante los carnavales.

—Es cierto; solemos adornar el coche. El año pasado, los ocupantes de una carroza nos prepararon una sorpresa emocionante: ovacionaron a mi padre de una manera delirante, diciéndole: «Usted debía ser teniente coronel», y a mi madre y a mí nos cubrieron materialmente de dulces, de esencias y de flores, entremezcladas con profusión de banderitas españolas.

—Su madre es una Borbón también, ¿verdad?

—Sí; Enriqueta Borbón, prima de mi padre.

Rápidamente coge sobre un mueble el retrato de una bellísima dama y me lo enseña con orgullo:

—Véala usted; cuándo vamos por la calle, nos toman por hermanas.

Mientras coloca de nuevo la fotografía entre varios retratos de la familia real, expresivamente dedicados

—entre otros, uno muy interesante del Rey con su hija mayor, la infantita doña Beatriz—, prosigo el interrogatorio:

—Ya que de diversiones hablábamos, ¿le gusta el teatro?

—Mucho; si bien lo considero menos como mera diversión que como distracción cultural, pues aborrezco las obras cómicas.

—¿Qué actrices son sus predilectas?

—Catalina Bárcena, tan graciosa, tan natural; también me gusta Carmen Moragas por su belleza, su tipo hermosísimo, su elegancia.

—¿Y el «cine»?

—Me gusta menos que el teatro. Me parece que por mucho que se haga, no dejará nunca de ser un arte incompleto puesto que le falta el elemento insustituible del sonido.

Maquinalmente quizás, al pronunciar esta última palabra, la mirada de mi encantadora «visitada» se ha dirigido hacia el piano abierto.

—¿Es usted muy aficionada a la música?

—Toco, sí, un poco de todo: cuplés, óperas, fox-trots, obras clásicas, según me da; pero más que la música me gusta la pintura. Dibujo bastante, y tanto me agradaría dedicarme a este arte de lleno, que... le ahorro con esta declaración la pregunta respecto a la profesión que elegiría si me viera en el caso de ganarme la vida.

Añade:

—También me gusta mucho bordar. En realidad, estando junto a mis padres, me gusta todo.

La confesión ha brotado espontáneamente, y más que de niña mimada y mimosa, parte de una hija afectiva y buena, que no es lo mismo, ni mucho menos.

—¿No se separa usted nunca de ellos?

—Nunca, nunca; ni podría tampoco. Cuando vamos a algún baile o a alguna reunión, yo, naturalmente, me junto con las mchachas y los muchachos; ellos, con las «personas formales». Pues bien: a pesar de tanto como me gusta bailar, estoy deseando, a veces, que termine la fiesta para volver a reunirme con ellos.

—¡Se prepara usted un porvenir tristísimo! —no puedo menos de exclamar—. Usted calcule que si se casa con un diplomático, por ejemplo, que se la lleve a tierras lejanas, sufrirá cruelmente.

Los ojos azules de Isabelita Borbón me miran con cierta angustiosa perplejidad. Insisto:

—O si se enamora usted de un extranjero y le tiene que seguir a su país...

Esta vez sonrío:

—Eso no; yo no me casaré nunca más que con un español.

Y tras la risueña dulzura de la actitud, vibra en su acento un matiz singular de insospechada firmeza.

CARMEN DE AVILA.

# AMOR INVULNERABLE



Al terminar la vista del día hubo una pequeña conmoción en la sala de Audiencia. Se dispersó como de costumbre la multitud de curiosos que ocupaba la tribuna pública, situada al fondo de la sala. Los abogados recogieron sus notas y documentos, cambiando impresiones en tono confidencial.

Únicamente el juez parecía olvidado de sus compañeros. Era un hombre alto y grueso. Al bajar del estrado sus movimientos eran lentos, como si el proceso físico de su vida estuviera en relación con el mental. Al verlo atravesar la vasta sala, en actitud severa, se adivinaba en él al hombre de recto criterio que ni ante el sacrificio personal dejaba de hacer justicia. Porque no siendo debido a la rigidez de sus principios, ¿hubiera condenado a muerte a uno de sus mejores amigos? Pero el deber significaba para él lo ineludible.

Acababa de sentenciar a Félix Albee. El y Albee eran amigos desde la niñez; juntos jugaban en el patio de la escuela y juntos volvían de la escuela a casa; a pesar de la opuesta diferencia de sus naturalezas fueron siempre los mejores amigos.

Félix, atractivo y encantador, tenía el terrible defecto de ser impulsivo, exageradamente vivo de genio... No podía negarse. Jamás consiguió dominarse a sí mismo. Hacía un mes que en una explosión de cólera había matado de un tiro a su socio, John Tennant.

Nadie se explicaba los motivos del crimen; pero todos sabían que desde hacía algún tiempo las relaciones entre Albee y Tennant eran muy tirantes. Recientemente habían tratado de disolver la Sociedad; pero no consiguieron llegar a una fórmula. Riñeron. La noche que Tennant fué muerto, él y Félix estuvieron discutiendo y haciendo cálculos sobre la mesa de despacho de Albee. Tennant había estado todo el día de mal humor y Félix había estado bebiendo. En el momento del crimen los dos hombres se hallaban solos.

Al oír la explosión, Janet y sus dos criadas habían corrido allá, encontrando a Tennant caído sobre la silla, con el corazón atravesado por una bala, mientras Félix, con la pistola humeante todavía en la mano, se inclinaba sobre él pronunciando palabras incoherentes e ininteligibles. Todo ello eran, para condenarle, pruebas circunstanciales nada más, era cierto..., pero indudablemente suficientes.

El juez Lamler daba vueltas en su imaginación al asunto desde todos los puntos de vista. El asunto le burlaba y acababa por vencerle. Con la tendencia natural en Albee a encolerizarse por cualquier cosa, y con el *whisky* que había bebido, la más pequeña observación de Tennant le habría puesto fuera de sí. Era culpable, no se podía dudar. No quedaba más recurso que sentenciarlo a la pena de muerte.

El juez se abrió paso por entre los curiosos que aun permanecían en la sala. Según iba andando se juntaban sus cejas con la intensidad de los pensamientos. Su rostro adquiría una expresión feroz, debido a la tensión de todo aquel día.

Janet se había ido una hora antes. Parecía estarla viendo, sentada a la luz mortecina del atardecer, con la cabeza erguida, los labios despegados, los ojos ávidos, como los de un animal cogido en la trampa. Recordó que así, a una luz crepuscular como aquella, la había visto él por primera vez en su vida. Subía ella las escaleras de la casa de una obrera, en la cual él había penetrado por un asunto de su profesión. Durante un instante, las miradas de los dos se encontraron. Los ojos de ella eran sonrientes..., porque la vida le sonreía. El la amó desde aquel momento. La atracción de Janet era mucho más profunda que la simple belleza. Janet era una mujer intensamente femenina, capaz de procurar la felicidad y de recibirla hasta un grado sobrenatural.

No fué culpa suya si un joven tenorio, encarnado en la persona de Félix Albee, tuvo un feliz éxito allí donde él fué derrotado.

Lamler era lento, reflexivo, de pocas palabras. Félix, por el contrario, era vivo, alegre, animado, irresistible con las mujeres. Había



algo extrañamente dramático en el hecho de que hoy hubiera él sentenciado a muerte a Albee. ¡Y al sentenciar a Albee sentenciaba también a Janet!

Lamler acababa de contemplar el terrible espectáculo de una mujer fuerte y llena de vida que se moría sin exhalar siquiera una queja.

\* \* \*

Ya en la puerta de la calle, el juez vaciló al sentir en el rostro el soplo frío de la brisa de noviembre; sentíase enfermo y desfallecido; la reacción se operaba en él.

Llegó a su casa, grande y solitaria, allí el silencio era terrible. Los criados andaban de puntillas. Parecía la calma de la muerte.

Sentóse junto al fuego y meditó. El deber era una tarea muy penosa de cumplir. ¿Habría él hecho bien en cumplir con su deber?

El fuego, chispeaba; Lamler, con el corazón oprimido, inquieto, decidió repentinamente ir a ver a Janet. Ella no podía saber más de lo que él sabía, pero... era la esposa de Félix... y comprendería...

Aun en medio de ciertas indecisiones, su resolución se mantuvo firme.

Janet estaba en casa. Encogida en una butaca, inclinábase sobre unas brasas moribundas, débilmente rojas, que eran todavía más frías que las de su propio hogar. Era una mujer de aspecto frágil, delicado, con los ojos inquietos como los del visionario que está siempre atemorizado, con miedo de vivir. Su cabello oscuro caía alrededor del rostro. Apenas se movió al ver al juez. Esperó, sin respirar, a que él hablara.

—Yo... no debí haber venido, Janet —empezó a decir embarazosamente—. Lo comprendo ahora que no hay remedio; pero estoy bajo el atolondramiento de la reacción. Me daba miedo estar solo. Ansiaba hablar con alguien para quien *esto* signifique tanto como para mí. Usted me comprende; ¿verdad, Janet, que me comprende?

Janet tardó en contestar. Cuando lo hizo, su voz tenía un tono de desprecio indescriptible; desprecio que tal vez se había ido acumulando desde la sentencia.

—¿Alguien para quien esto signifique tanto como para usted? ¿Para usted que se llamaba amigo de Félix y le ha condenado!

¡Calle, por favor! ¿Usted olvida que yo soy la mujer de Félix? Por el cerebro del juez había cruzado la misma idea.

—¿Cree usted, entonces, que estoy influenciado por nuestro antiguo resentimiento? ¿Cree usted que no me ha enseñado nada la vida? ¿Me juzga usted menos hombre ahora de lo que lo fui a los treinta años? ¿Es que no se fía usted de la sinceridad de un hombre porque sigue el camino del deber que se muestra tan claro ante sus ojos? ¿Usted sabe, como yo, no es cierto, que Félix es culpable?

Lamler esperó la respuesta, sin atreverse apenas a respirar esperando la explosión; pero Janet le respondió con frialdad:

—Sí; él ha matado a Tennant; lo sé ¿Pero cree usted que eso hace algún efecto sobre mi cariño? He oído todas las acusaciones y todas las pruebas contra él y le he amado más cada minuto. Nunca le amé tanto, en toda mi vida, como cuando vi que la red le envolvía. Yo misma no sabía que podía amar de ese modo. ¡Nunca había necesitado tanto de mí como ahora, en estos momentos de vergüenza e impotencia!

—Es culpable, sí; pero yo le quiero lo mismo; le quiero como si fuera inocente. ¡No podría abandonarle ahora..., ahora que necesita de mí como si fuera un niño..., y le seguiré a..., le seguiré al cielo!...

El juez permanecía silencioso, sintiendo el acento apasionado de aquella mujer invadir la habitación. Hubiera dicho que todas las cosas convencionales eran fútiles, que quedaban reducidas a nada ante la sencilla devoción de esta mujer por su compañero. En sus días de soledad nunca creyó que existiera un amor tan grande. ¡Qué lástima! ¡Qué horror, ahogar el fuego vivo del alma de esta mujer,



sólo por un momento de ofuscación!... ¿Amarían todas las mujeres tan intensamente?... ¿Le habría amado Janet así a él si Albee no se hubiera interpuesto entre ellos?...

—¡Si pudiéramos encontrar alguna prueba, alguna escapatoria todavía!... —dijo amargamente.

Janet meneó la cabeza con tristeza.

—¡Más vueltas que he dado yo a todo lo que se relaciona con este asunto!... Tennant carecía de enemigos; era, como usted sabe, un hombre simpático; nunca supe que se hubiera enfadado con nadie, excepto... ¡Sí, ahora recuerdo!... Tenía un ama de llaves..., una muchacha de pelo negro, un poco repulsiva..., que una vez me dijo que a Mr. Tennant no se le daba gusto en nada. Esto me extrañó mucho, pues él parecía la persona más fácil de contentar del mundo.

El juez se incorporó en la silla, poniéndose repentinamente alerta:

—¿Dónde está ahora esa muchacha de pelo negro?...

—¡Oh, no tengo ni ideal Me acuerdo de su nombre por casualidad, porque era un nombre un poco raro: Bramble Tyne. Después estuvo también sirviendo en casa de los Marchants. Ya los conoce usted. Esos pueden darle informes de ella.

—Les preguntaré. Y ¿no sabe usted de algún otro criado que se haya marchado de su casa por algún motivo de disgusto?...

—No recuerdo ahora...; es decir, sí: Peter Fallow sirvió una temporada en casa de Tennant. Ahora que hablo de ello, recuerdo que Tennant se quedó sorprendido al verlo aquí. No dijo nada, pero yo supe después que es que él lo había despedido.

—Debía usted haberme dicho eso antes, Janet. Ese detalle podía haber cambiado el curso de los acontecimientos. ¿Estaba Fallow de criado con ustedes cuando se cometió el crimen?...

Janet Albee meneó otra vez la cabeza con desaliento:

—Por esa parte va usted des-caminado. Conozco a Fallow desde hace mucho tiempo, y le aseguro que es incapaz de hacer daño a nadie, y mucho más incapaz de que un rencor trivial, si es que lo tenía, lo hubiera arrastrado al crimen. Además, como le he dicho, no estaba en casa a la hora del... esa noche. De eso estoy bien segura, porque tenía a su madre muy grave y pidió permiso para estar a su lado hasta la mañana siguiente. ¡Ya ve usted que él no hubiera podido...!

—Sin embargo, sin embargo...

El juez se interrumpió, y después añadió:

—¿Dónde está él ahora?... ¿Ha vuelto aquí?...

—Todavía no. Está en el Hospital de Santa Ana. Al día siguiente de la muerte de su madre sufrió un accidente: lo atropelló un automóvil.

—¿Cuál es la dirección de su casa?

—Barrio Falcón, número cuarenta. Pero, ¿para qué todo esto, Robert? Usted sabe, mejor que nadie, que no hay esperanza; usted está convencido de que Félix mató a su amigo; usted conoce el carácter irascible de Félix; es innato en él. El mismo repite que no sabe si mató a Tennant o no, porque estaba bebido; pero usted y yo lo sabemos.

Janet se interrumpió, abrumada por el cansancio, y añadió:

—No pretendo decir con esto que es inocente. Yo sólo sé que le amo, y que esperaba que usted hubiera tenido habilidad para absolverlo. La bebida, la irascibilidad de su carácter... ¿No ve usted que él estaba fuera de sí cuando lo hizo?...

El juez se puso en pie:

—Me voy Janet. De todas las personas del mundo, las que más sentimos esto somos usted y yo. Quizá podamos ayudarnos mutuamente.

—¿Usted? —dijo Janet, y se echó a reír.

Esa palabra dañó a Lamler como un latigazo. Se fué humillado. Janet no levantó la cabeza para verle marchar.

.....  
El juez se metió en una botica a llamar por teléfono a los Marchants.

Ya estaba informado: Bramble Tyne no seguía con ellos. No sabían dónde estaba; pero espere usted un poco... Tenían una criada que era amiga suya. Quizá ella supiera...

La criada acudió al teléfono y dió la dirección: Barrio Falcón, número 16. Añadió que no había visto a Bramble desde hacía varios meses, pero que la última vez que lo vió seguía viviendo allí.

¿De modo que Peter Fallow y Bramble Tyne vivían en el mismo barrio? En cierto modo no era extraño, puesto que el barrio Falcón se componía de gente humilde.

El juez decidió ir a ver a Bramble Tyne aquella misma noche.

El barrio Falcón era un heterogéneo conjunto de hombres, mujeres, niños, fango y latas vacías. Lamler pasó cuidadosamente por sus encrucijadas húmedas y sucias. El número 16 era una casa bastante decente, un poco retirada de la calle.

Una mujer gorda le invitó a pasar; le mostró la escalera, al fondo, y le explicó que Bramble Tyne vivía en la bohardilla.

El juez empezó a subir la estrecha escalera con la extraña sensación del que se mete en una complicada aventura. La misma Bramble le abrió la puerta. La conoció en seguida. Era aquella mujer de pelo negro, mal encarada, a quien Janet calificaba de repulsiva.

Se comprendía. Janet, dulce, franca, de rápida comprensión, con un humorismo poco común, no podía encontrar simpática a aquella mujer desde ningún punto de vista. Hay personas que sólo con su presencia nos dicen lo que son. Bramble Tyne tenía aspecto mor-

daz, cínico. Indudablemente debía de haber estado llorando. Tenía la cara salpicada de manchas rojizas; era delgada y con aspecto de hambre. Sin embargo, poseía cierto aspecto de dignidad.

—Usted me dispensará si vengo aquí sin avisarla. Soy Robert Lamler y deseo hablar con usted acerca del asesinato de Mr. Tennant. Me he enterado hoy, por casualidad, de que quizá usted pudiera dar algún indicio que arrojase luz sobre el asunto.

La mujer retrocedió, apretando nerviosamente con la mano los pliegues de la bata. Sus ojos duros encontráronse con los del juez, en una mirada rápida y asustada, para volverse en seguida otra vez inexpresivos.

—Yo no sé nada acerca de eso —dijo con cierto acento de desafío.

—¿Me permite usted que me siente? —preguntó el juez.

Bramble le alargó de mala gana una silla.

—¿Qué es lo que usted espera sacar de mí? —preguntó—. Lo único que sé es que está muerto.

Su voz no tenía nada de agra-

dable; mordaz, apresurada, gutural. El juez la miró.

—¿Estuvo usted sirviendo algún tiempo en casa de Mr. Tennant?

—Era su ama de llaves, como lo fué mi madre antes que yo; ella había servido ya en casa del padre de Mr. Tennant. Como usted ve, le conocía desde hace muchísimo tiempo.

—¿Desde cuándo?

—Desde que era niña ya le hacía los recados a su madre —Bramble bajó la vista nerviosamente, arrugando la bata entre las manos—. El era... bastante más viejo que yo. Unos diez años más.

El juez se apoyó en el respaldo de la silla contemplando distraídamente el panorama que se veía desde la ventana, mientras la luna corría alta y sin celajes.

—¿Es usted modista? —preguntó, indicando un montón de ropa que había sobre la silla.

—Sí, señor; coso desde que salí de casa de Mr. Tennant, pero la costura es un trabajo que me pone nerviosa y ahora no disfruto de buena salud. Algunas veces pienso en volver a servir de ama de llaves.

—¿Cuánto tiempo estuvo usted de ama de llaves con él?

—Nada más que seis meses. El... buscó una mujer de más edad que yo. Se conoce que yo no le parecía competente como mi madre que había estado con él hasta que se murió.

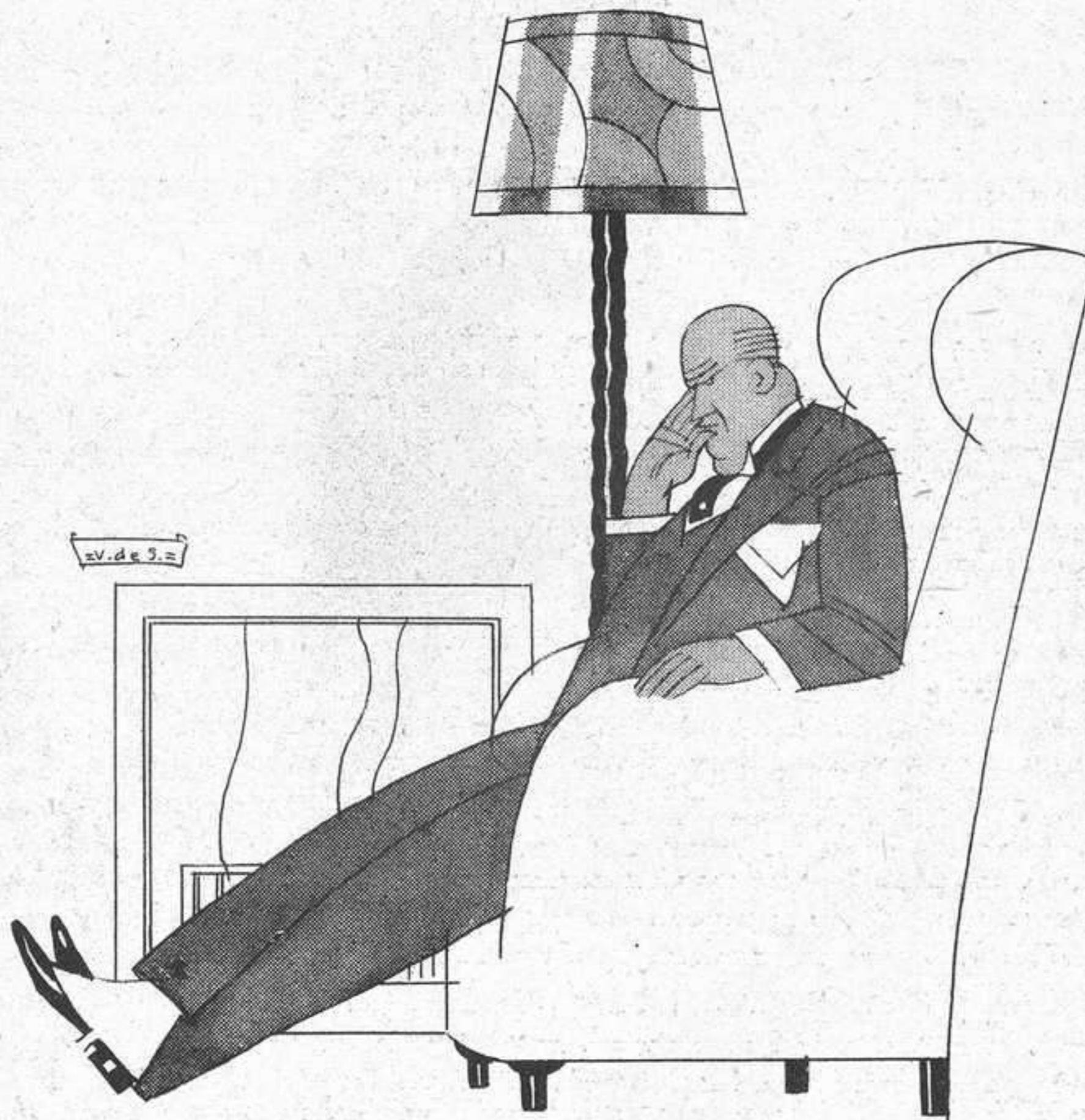
—Y usted no quería dejarlo...

—¿Cómo?

El juez se inclinó adelante repentinamente, hasta sentarse en el borde de la silla.

—Usted estaba enamorada de Tennant, no lo niegue usted.

El color huyó lentamente del rostro de Bramble, y sus ojos espantados tropezaron con los de él.





—No mienta usted. Usted le quería.  
—¿Qué entiende usted por quererle? Todo el mundo le quería. Mister Tennant era bueno con todos, excepto...; pero ya ve usted, como yo le conocía desde hacía tanto tiempo...

—Lo comprendo: era bueno para usted excepto... Continúe y dígame toda la verdad. Esto no le ha de perjudicar a usted en nada, pero tiene usted que confesármelo todo.

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡Esto no es asunto de usted!

—Entonces me verá forzado a obligarla a usted a que lo diga. Pero no, no lo haré. He venido aquí sin que nadie lo sepa, y nadie se enterará; en cambio, si la hago a usted presentarse ante los tribunales...

—¡No, no; por favor!

—¿Dice usted que no era bueno con usted? ¿En qué ocasiones?

Lamler se había vuelto severo, rígido, como si ella fuera una culpable ante un juez a quien quisiera catequizar. Bramble se estremeció y se encogió en la silla.

—¿Cree usted que le maté yo? Pongo a Dios por testigo de que no lo maté..., aunque algunas veces ganas tuve de hacerlo. Si usted quiere castigarme por eso, no lo niego. De todos modos ya no tengo para qué vivir. He visto sólo muy pocos momentos de felicidad desde que tenía diez y seis años. Esos momentos fueron cuando él... era amable conmigo..., cuando él se daba cuenta de que yo existía. Le amaba, pero para él no era más que el polvo que pisaba. ¡Sólo Dios sabe de qué modo le adoraba yo! De tarde en tarde me arrojaba alguna palabra de amabilidad, como se arroja un hueso a un perro; esto me convertía la tierra en cielo durante algunos días. ¡Y me echó de su casa cuando más necesitaba de él, pero le seguí amando lo mismo! Mr. Tennant solía decir que las mujeres, cuando aman mucho, molestan demasiado a los hombres; yo a veces no me atrevía ni a mirarle por temor de que se enfadase. Nunca he tenido miedo a ningún hombre más que a él y hubiera preferido morir mil veces antes que causarle un disgusto...

El repentino y salvaje llanto que Lamler esperaba después de esta confesión no se produjo, pero vió que temblaba convulsivamente y sintió una involuntaria contracción en el corazón.

—Le he dicho a usted todo lo que sé. No tengo nada que ver con su muerte. Es bien extraño que Mr. Albee... ¡Eran tan amigos! Su voz vaciló y se apagó.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de Peter Fallow? —preguntó el juez, bruscamente. Bramble no pareció sorprenderse de la pregunta.

—¡Oh, sí! Estuvo de criado en casa de Mr. Tennant, y estaban muy contentos el uno con el otro hasta que a Mr. Tennant se le metió en la cabeza que Fallow no era honrado. Pero sí lo era, eso fue una sospecha extraña de Mr. Tennant.

—¿Dónde está ese Fallow ahora?

—No sé decirle a usted. Salgo muy poco y he perdido la pista de casi todas las personas que trataba.

—Fallow sentía cierta admiración por usted, ¿no es cierto?

Bramble miró humildemente al juez.

—Creo que sí, señor juez; pero ya ve usted, para mí no había más que un hombre en el mundo.

El juez tendió la mano a Bramble:

—¡Muchas gracias, Bramble Tyne! ¡Abandone usted ese ensueño y empiece a vivir! Ningún hombre merece que por él se condene nadie a la soledad en que usted se ha encerrado. Buenas noches.

Más tarde, Lamler, sentado junto a la chimenea, meditó largo rato. Tenía en sus manos el hilo del ovillo que había que desenmarañar. Para ver a Fallow aquella noche era ya muy tarde.

Pero empezó a desenredar la madeja mentalmente y acabó por sacar el ovillo limpio sin nudos.

Sí, él no se engañaba. Janet viviría; porque Janet, sin su compañero, hubiera sido una mujer muerta, aunque su cuerpo viviera.

Lamler no sentía ya ningún amor por Janet. La vida, ayudada por aquella esposa encantadora con quien más tarde se casara, había

curado la herida. Su mujer le hizo muy feliz hasta su muerte, ocurrida un año antes, y sólo experimentaba por Janet un sentimiento de intensa amistad. La admiraba y hubiera hecho todo lo posible por aumentar su bienestar. Pero sobre todo era en Félix en quien pensaba aquella noche... Félix, tan alegre y tan infortunado, a quien él a acababa de condenar a muerte.

★ ★ ★

Al día siguiente, muy temprano, salía el juez en busca de Peter Fallow.

En vez de dirigirse al hospital fué primero a su casa.

Le recibió la hermana de Peter, una solterona delgada, de lentes. Esta explicó que su hermano estaba en su casa la noche de la tragedia. Tenían a su madre muy grave y ella y Peter la velaron toda la noche. No, Peter no salió de la habitación más que media hora, que se echó a dormir encima de un sofá en la habitación de al lado de la enferma. El estaba muy decaído por el sufrimiento de ver morir a su madre. Apenas despertó, volvió a ocupar su puesto a la cabecera de la cama de la enferma. Su madre falleció al día siguiente.

—¿En qué habitación murió su madre? —preguntó Lamler.

En la de aquí al lado. ¿Todavía anda usted buscando testigos para la pista? Estos días no he leído los periódicos.

El juez asintió distraídamente, inspeccionando con sus ojos sagaces la habitación de al lado, cuya puerta estaba abierta. La habitación comunicaba con otra más chica, que debía de ser donde Fallow se había echado a dormir. Desde donde estaba el juez veía perfectamente la cama de la enferma, y desde ésta debía de verse el sofá, que estaba debajo de la ventana. Fallow no podía haber salido del cuarto sin ser visto. En el cuarto no había más puerta que aquella, y, sin embargo...

Lamler habló de diferentes cosas con la solterona durante unos veinte minutos y salió de allí sin haber despertado en ella la menor sospecha sobre el verdadero objeto de la visita. De allí fué directamente al Hospital de Santa Ana, y se encontró con que Fallow estaba grave; pero consiguió que le permitieran estar con él unos minutos. La enfermera

le introdujo en el estrecho cuarto del enfermo.

Quedóse de pie junto a la cama, observándole. Parecía completamente agotado y tenía la piel amarillenta. Una venda le tapaba uno de los ojos. Con el otro miró estúpidamente a su visitante.

No era la primera vez que Lamler tenía que luchar con sus propios sentimientos. La crueldad de la comisión que llevaba le dolía; pero este dolor se perdía en la inmensidad de su sed de justicia.

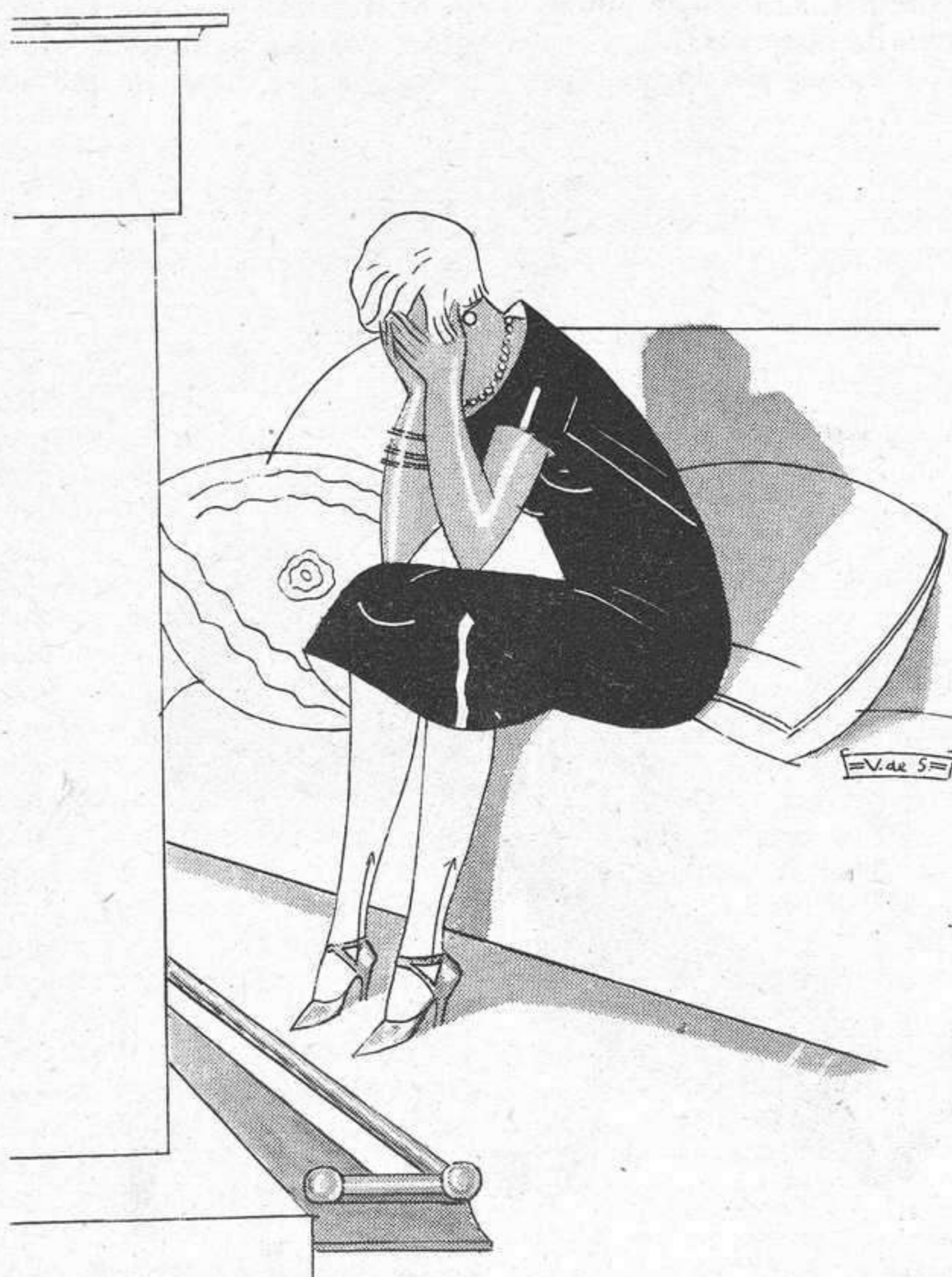
—Fallow —dijo, sentándose—. Ya comprenderá usted que yo no vendría aquí si no fuera por un asunto de vida o muerte. Ayer sentencié a Félix Albee a la última pena. Creía verdaderamente que era culpable. Ahora creo que es usted quien ha matado a John Tennant.

El enfermo lanzó un sonido como de un sollozo ahogado.

—Espere usted hasta que yo le diga por qué lo creo. Es muy extraño que durante la causa no hayamos tenido ningún indicio de la verdad: pero una casual observación de Mr. Albee me ha puesto sobre la verdadera pista. Desde luego, usted está enfermo y sufre...; pero mi conciencia no me permite dejar morir a Albee como un ratón en la ratonera. Considéreme usted como un amigo, Peter; pero necesito saber los hechos.

Fallow no dijo nada. Apenas si respiraba. Escuchaba y su rostro se había puesto de un amarillo ceniciento.

—Usted tenía un resentimiento contra Tennant —continuó el juez—. Una mujer a quien usted amaba se enamoró perdidamente de él. ¿No es así? Usted sabía que nada conseguiría de sus atenciones hacia ella. El amor y el dolor fueron creciendo en su alma hasta convertirse en fuego. Usted llegó a odiarle. Pero era criado suyo y no quería cometer un crimen. Tennant, probablemente, habría observa-





do con cierto regocijo y, al mismo tiempo, con resentimiento, su amor por Bramble Tyne y le despidió a usted de su casa acusándole injustamente. Dijo que era usted un ladrón, usted no lo era y la acusación le indignó. Entonces entró usted al servicio de monsieur Albee. Veía usted a Tennant con frecuencia y cada vez le odiaba más. Yo no sé exactamente lo que sucedió la noche del crimen. Tennant había ido a comer con los Albee, y después de comer les sirvió usted licores, en el despacho, ¿no es así? Se marchó usted temprano a su casa, porque tenía a su madre muy grave y le habían dado permiso para pasar con ella las últimas noches. Antes de irse usted, los dos amigos riñeron. Tennant le dijo a usted algo que despertó su cólera y usted pensó en vengarse. Más tarde, cuando usted se acostó para descansar un poco, no podía dormir. Su cólera gritaba pidiendo una satisfacción. Mientras su hermana y el doctor estaban ocupados con su madre, usted se deslizó del sofá, lo tapó bien con las mantas para simular que estaba usted durmiendo y saltó por la ventana de al lado.

El juez hablaba despacio, como si estuviera pensando en cada paso del programa.

—Desde allí a la casa de Mr. Albee no hay más que unas manzanas de casas. Cuando usted llegó vió a través de los balcones que los dos amigos continuaban allí. Habían bebido mucho y estaban discutiendo. Se introdujo en la casa de alguna manera furtiva —tal vez tenía la llave— y se apoderó del revolver de Albee, que él solía guardar en una mesa que hay en el *hall*. Oculto detrás de las cortinas, y quieto como la muerte, acechó usted la ocasión. La casa estaba en silencio. Mr. Albee y las criadas se habían ido a acostar. Tennant se balanceaba en la silla, de espaldas a la puerta. En el momento oportuno hizo usted fuego apuntando directamente al cuerpo del enemigo. Sono el disparo y la pistola cayó encima de la mesa, enfrente de Albee... Las luces del *hall* se apagaron... Usted había desaparecido. Nadie le vió entrar ni salir. Ante tan terrible espectáculo, Albee se puso en pie; vió el arma humeante encima de la mesa y la recogió, tambaleándose y pronunciando palabras estúpidas. Tennant estaba muerto. Así fueron encontrados los dos amigos. Se acusó a Albee de asesinato. Fué declarado culpable y ahora va a morir.

El juez pronunció la última frase con agudo énfasis y miró fijamente al enfermo, como si quisiera arrancarle el secreto por muy profundo que estuviera...

Fallow se quitó la venda del ojo. La agonía que Lamler vió en su mirada le cortó la palabra:

—¡Oh Dios mío! ¡Señor juez!...

—Yo no soy ningún Sherlock Holmes, pero anoche fui atando cabos en mi imaginación... ¿Va usted a consentir que un hombre inocente sea ajusticiado?...

—¡No! ¡No! —las palabras acudieron atropelladamente, violentamente—. ¡No podría, no consentiría nunca que lo matasen! ¡Antes que esto suceda diré la verdad! ¡He sufrido un infierno dentro de mí! ¡Yo... creí siempre que le absolverían!... Yo... no tenía intención de achacar el crimen a Mr. Albee. En medio de mi aturdimiento, arrojé la pistola al suelo; no encima de la mesa, como usted cree, y él la recogió. No sé lo que se había operado en mí aquella noche. Creo que estaba loco. Pero es que Mr. Tennant se puso insultante conmigo. Se rió al verme y dijo a Mr. Albee que tuviera cuidado con la plata mientras yo anduviera por allí. Como yo no pudiera ocultar mi indignación, me provocó, insultándome, y me arrojó el vino de su vaso a la cara. Debía de estar bebido...; pero, la verdad, señor juez, yo no pude aguantar más. Parecía que tenía dentro de mí un demonio. Al día siguiente me atropelló un camión. Y desde entonces aquí estoy, luchando conmigo mismo. No sabía que habían sentenciado a Mr. Albee. Creía que usted podrí absolverle.

Lamler sacó media docena de hojas de papel escritas:

—Lo he escrito todo aquí. Sólo falta cambiar el sujeto. Quiero que usted lo firme.

La enfermera entró un momento, como para advertir que ya era hora, y volvió a salir.

Fallow sollozó y se revolvió desesperadamente en las almohadas:

—¡Está bien, señor juez! Pero tiene usted que saber por qué lo

hice. Tuvo la culpa Bramble Tyne. Yo la amo como ningún hombre amó jamás a ninguna mujer, y ella estaba loca por Tennant. ¡Por Mr. Tennant, que era un bruto para ella! Me hubiera querido a mí si no hubiera sido por él. ¡La pobrecilla!

El juez le incorporó y le apoyó la espalda contra las almohadas para que firmara con su pluma estilográfica:

—¡Pronto, Peter! —aconsejó con un pequeño temblor en la voz—. ¡Vamos a llevar la felicidad a los que la esperan!

Lamler no se sorprendió al ver que Fallow se desmayaba.

★ ★ ★

El juez entró en casa de Janet. La luz penetraba misteriosamente por los cristales opacos del pasillo, arrojando vagas sombras en las paredes, brillantes.

El viento frío y húmedo de noviembre daba contra las ventanas.

En la biblioteca no se oía más ruido que el de las brasas chisporroteantes. Lamler sentóse, esperando, hasta que Janet separó las cortinas y le miró comoun espectro ante una luz cenicienta.

—¡Janet, está todo arreglado —balbuceó como un niño, arrojando sobre ella la confesión de Fallow.

Si Lamler había estado obsesionado con el espectáculo de una mujer llena de vida y fuerte, muriéndose sin exhalar una queja, ahora en cambio presenciaba la resurrección de un alma. Cada vez le asombraba más el amor de esta mujer por un hombre que él sabía que no era digno de ella. Quiso hablar, decirle detalladamente cómo se había operado el milagro de la libertad de Félix. Pero los labios de ella se posaban sobre sus manos; sus agudos sollozos ensordecían los oídos; la gratitud de Janet era como un dique que se rompe.

De pronto pasó por delante de él y cogió un abrigo oscuro.

—¿Dónde va usted, Janet?

Janet volvió a él su cara exaltada. Reía con una risa que parecía el tañido de una campana de plata.

—Voy con él; con él porque le amo; le amo vivo o muerto, culpable o inocente. ¡El es mío! ¡Para mí no ha habido nunca más que Félix, ni podría haberlo! Otras mujeres pueden amar a muchos hombres, pero yo sólo podría amarle a él! ¡Yo soy su madre, su hermana, su

hija; toda su familia! ¿No lo comprende usted?

Y extendió los brazos en actitud trágica.

—Usted no sabe realmente cómo puede amar una mujer...; cada vez más intensamente, más intensamente, hasta que el alma del amado llegue a formar parte de la suya. Yo quería a Félix cuando le creía culpable; le amo ahora que sé que es inocente. Nada puede hacer cambiar en mí el amor. La ley divina del amor está por encima de las leyes que hacen los hombres. ¡Ni la muerte ni la vida pueden separar a Félix de mí, porque él es mi vida! ¡Dios mío! ¡Y pensar que va a vivir! ¡Félix! ¡Félix!

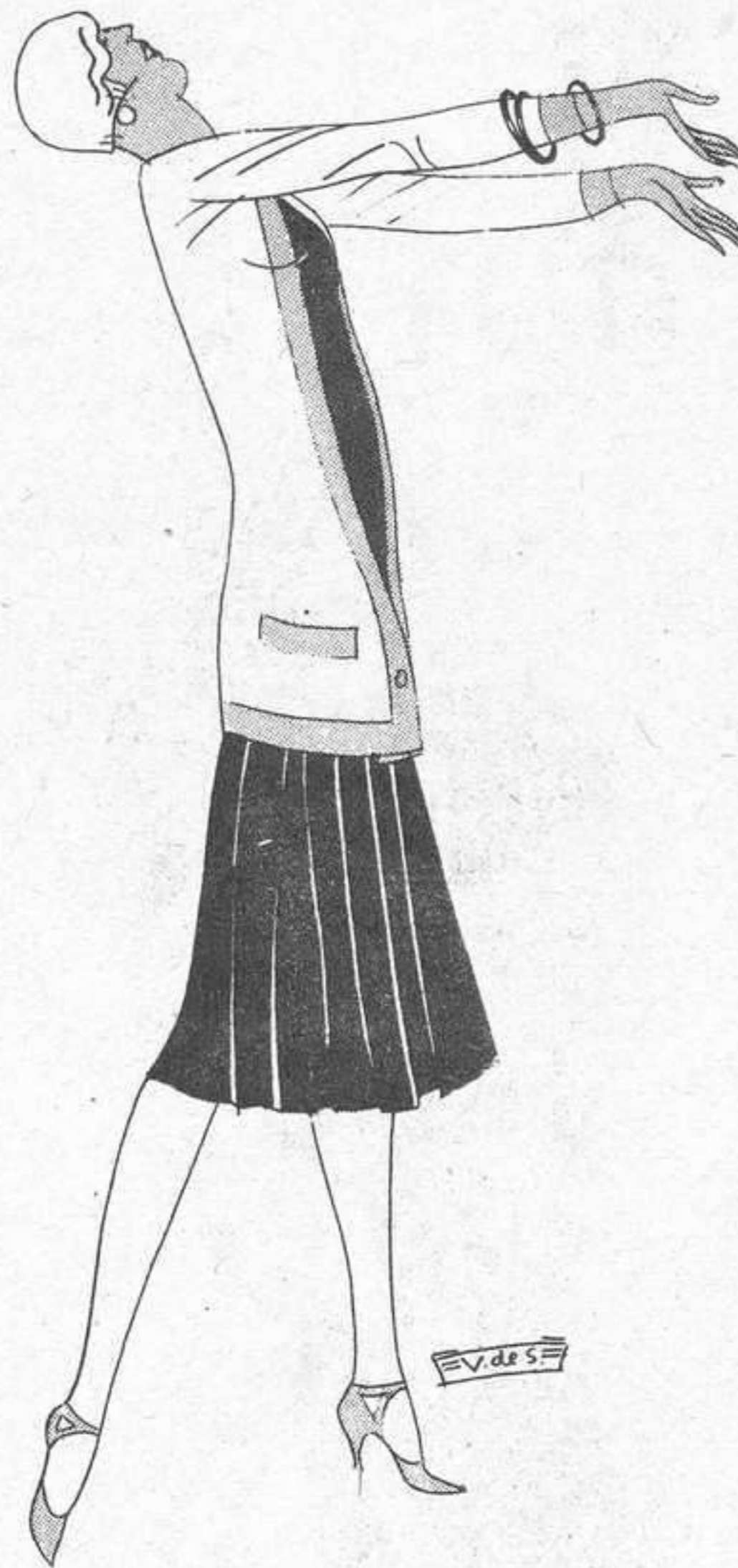
Detúvose un instante en el umbral de la puerta, resplandeciente, palpitante, radiante como una estrella.

—Algunas veces, Félix es un hombre grande, inteligente, que se basta a sí mismo. Otras veces es violento, y yo le temo. Cuando es un amante apasionado, cuándo un ser extraño para conmigo. Hay días que se vuelve un niño irascible, a quien hay que calmar y contentar. ¡Pero, sea como sea, es el hombre a quien yo amo y le amaré siempre, siempre!

Janet se marchó corriendo a través de la lluvia, agitada, electricada, en busca del hombre cuya vida era su propia vida.

El juez inclinó la cabeza como si se hallara en presencia de algo más grande que lo finito. Fuera, la lluvia de noviembre golpeaba monotamente los cristales.

ELIZABETH BURGÉS HUGHES.



# UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"

*¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?*

La excesiva preponderancia que alcanza la riqueza. Siempre, en todos los tiempos, ha sido *poderoso caballero Don Dinero*. Pero como ahora, jamás. En los pasados siglos la riqueza no conseguía tan fácilmente la preeminencia social. Hoy, casi por sí sola, la constituye, y cada vez es tenida en menos la actividad que no conduce a su posesión.

A ello constituye la inestabilidad, la inseguridad de todo; la desaparición de las jerarquías sociales y el descontento de todos con su propia suerte; el avance incesante de la marea igualitaria y el hecho innegable de que los descubrimientos y los adelantos en las ciencias fisicoquímicas extremen más que nunca la diferencia de condición y de goce de la vida entre la minoría que posee y la mayoría que a duras penas vive.

Por eso, la lucha por la riqueza es tan áspera, lo domina todo y priva cada día más a las sociedades contemporáneas de ese ambiente, de ese sello de nobleza, producto de la caballerosidad y del desinterés, sentimiento incompatible con la preocupación exclusiva del lucro y del dinero.

*Y ¿cuál su mayor encanto?*

Los adelantos, que han hecho posible conocer y admirar todas las bellezas de la Naturaleza. Poder con facilidad transportarse a las altas montañas o a las riberas del mar para respirar a plenos pulmones un aire vivificador y olvidar, de cuando en cuando, el ajetreo de la vida cotidiana en las grandes urbes, la profanación de la belleza por el repulsivo *maquillaje* y tantas otras cosas feas, desagradables y malas.

*A. Sanja J. Martín  
Conde de Lizarraga*



*El Conde de Lizarraga*

*¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?*

El de que las mujeres se descaracterizan, se desensibilizan cada día más, por un absurdo prurito de parodiar al hombre en la traza, en las costumbres y en sus errores sentimentales.

*Y cuál su mayor encanto?*

Descubrir, a veces, que no todas las mujeres de hoy son caricaturas de simulación viril y que es posible hallar, todavía, intacta la fragancia femenina en toda su pureza e íntegra la eurytmia eterna y verdadera de sus líneas.

*José Francés*



*José Francés*

*¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?*

La agitación, la lucha, la vida en la ciudad, el trepidar constante, los fines materiales, el no encontrarse a sí mismo. Morir sin haber vivido.

*Y ¿cuál su mayor encanto?*

Poder valorar, por el contraste, el reposo contemplativo, la intimidad. Saber lo que vale darse al propio espíritu por un tirón que nos arranque momentáneamente a nuestro trajinar cotidiano. Vivir.

*Augusto Pi Suñer*



*Augusto Pi Suñer*





# INFORMACIONES DE "MUJER"



*Agustín de Figueroa*



*¿Qué excelencias le parecen a usted actualmente preferibles y cuáles menos importantes en la mujer y en el hombre?*

En ella, me parece necesaria una gran comprensión. En nosotros, una voluntad muy firme, como complemento a las aptitudes de cada cual.

*Excelencias menos preferibles:*

Las menos personales; las que no debemos al propio esfuerzo; las que tienen, acaso, más valor ante el mundo.

*¿Cuáles defectos considera más tolerables en ella y en él, y cuáles menos?*

En ellas, todo es tolerable, si saben hacérselo perdonar. En ambos considero un grave defecto la incapacidad de apreciar, recíprocamente, lo mejor que hay en cada cual.

El hombre no suele apreciar la inteligencia femenina, ni la mujer estima, en realidad, la bondad en el hombre. De ahí, los eternos tipos de Doña Inés y Don Juan.

*¿Qué ideas cree usted que deben una y otro tener en aquello que la religión deja al arbitrio de cada cual?*

Indulgencia, transigencia y la aspiración a hacer de la vida una cosa agradable, armoniosa y útil para sí y para los demás.

*Agustín de Figueroa*



# EL ARTE DE NO DECIR NADA

## Comida de gala.

A la hora del café estamos hasta ocho personas, en grupo, debajo de la estatua de Diana Cazadora. Es lunes de gala y el *hall* del hotel rebosa de gente conocida, entre la que un cronista de sociedad sacaría los nombres del «todo Madrid» de las grandes fiestas. En realidad yo no sé para qué he venido, ya que, personalmente, no conozco a nadie. Caprichos de mujer. «Madame», en su mesa, se encontró a última hora con la falta de un caballero y echó mano de mi humilde personalidad. Me han dado por vecina a cierta dama gelatinosa y oprimida dentro de uno de aquellos corsés del año de la Nana. Al primer cambio de frases me ha hecho el regalo de su amistad.

—No me diga usted más «señora». Todos mis buenos amigos me llaman Manolita.

«Madame» en las presentaciones estuvo, a un tiempo, sobria y correcta. Me presentó a los aquí reunidos lisamente por mi nombre, pero sin añadir el cargo que ejerzo cerca de su persona. Nadie sabe, pues, mi verdadera posición; yo la conozco, sin embargo, y esta seguridad me empequeñece de tal manera a mis propios ojos, que apenas acierto a pronunciar palabra y sólo intervengo con monosílabos en la conversación. Al principio han reparado en mí como objeto de novedad. Pero al poco, gracias a Dios, nadie hace caso de mi insignificancia.

Tomamos un café espeso en la taza breve. En el *hall*, entre el brillo de las pecheras y el relámpago de los escotes, hay un olor indefinido de perfumería cara; los camareros van y vienen, y desde el salón de baile la orquesta hace su llamada a los bailarines. «Madame» coquetea con un muchacho alto, de pelo ondulado, al que ya he oído repetir tres veces que en la tarde de hoy se había hecho siete agujeros. Supongo que no habrán sido en el traje y sí en el campo de *golf*. El muchacho, de ademán suelto, está un tanto lanzado, y «Madame» se divierte con él como en plena pampa debe divertirse el criollo que siente preso el potrillo en el extremo de su lazo.

—¿Quieres bailar? —dice ahora el galán, levantándose como quien está bien seguro de la respuesta.

—¿Por qué no? —responde la dama, levantándose a su vez.

Y emparejados, lentamente, avanzan hacia el estrépito de la música. El resto de la reunión álzase también de sus asientos y marcha hacia el salón. Yo juego a que los sigo, pero, una vez dentro de éste, me separo del grupo y me busco mi isla en medio del mar de la concurrencia.

El salón de baile parece una jaula de locos. Al me-

nos a mí, ajeno al espectáculo, me hace tal efecto; música absurda desde el estrado, pasos laberínticos de los bailarines. Y menos mal todavía los que son jóvenes; la juventud tiene siempre su gracia de cosa nueva. Pero la señora gorda y el caballero calvo, aun viéndolos, no puede uno figurárselos en actitud de dar saltitos. Los extranjeros, sobre todo, para esto son de un valor admirable. Algunos dicen que es sencillez, falta de orgullo necio; a mí, español, me parece más bien ausencia de rubor.

Acabo por sentarme en el último rincón para renejar interiormente de todo: de la noche, de mi manera de ser, de este momento actual de mi vida en que no sé qué me pasa, o no quiero ahondar demasiado por temor a saberlo... ¿Cuánto tiempo transcurre? No podría precisarlo. «Madame» está aquí ahora, delante de mí. Habla:

—Es usted un salvaje —me dice— que no puede ser presentado a gente civilizada. Ahora mismo me va usted a hacer el favor de invitar a bailar a Manolita.

Y ante mi gesto de rebeldía indudable, rectifica:

—Pero antes va usted a bailar conmigo. ¿Es que no ha bailado usted nunca?

—Sí; en alguna ocasión, cuando era estudiante.

¡Qué delicia bailar con ella! Mi mano diestra se apoya en la cintura sin trabas y la siniestra ha prendido su manita leve. Me mira a los ojos, sonríe. Me parece ser el mejor bailarín del mundo y sospecho que en mis talones han brotado las alitas del Mercurio de Juan de Bolonia. En una de las vueltas advierto los ojos del muchacho de antes que me contemplan aviesos, en enemigo. Pero todo tiene un fin y la música acaba, para atacar, al segundo, un nuevo bailable.

—Ahora, valor y... ¡a Manolita! —me dicen en un tono que no admite réplica.

Obedezco automáticamente. Unos pasos. Estoy delante de mi vecina de mesa. Me inclino. ¡Oh; la mirada de contento con que responden a mi invitación!...

¿Y las alitas de antes? Cada pie me pesa como si fuera de plomo. Bailamos a trompicones, y a mí me hace el efecto de que voy tirando del carro de la carne. Los extranjeros que yo criticaba anteriormente deben parecer silfides del bosque al lado mío, que voy de aquí para allá y en quien deben recaer todas las miradas. En una de las vueltas, advierto los ojos del muchacho de pelo ondulado. Están nuevamente fijos en mí. Y en ellos se encienden ahora unas chispitas de burla compasiva, que parecen decir:

—¡El pobre!... ¡Qué cara paga la dedada de miel con que le regalaron antes!...

FABRICIO MADRID.



# DETECTIVE POIR AMOIR

Novela por MARIE C. y ROBERT LEIGHTON

(Continuación.)



¿SABES lo que se proponía papá al enviar a Bell a casa de lady Ormidale? —Al hacer esta pregunta la joven respiraba con dificultad y clavaba la mirada hasta lo más profundo de los ojos de su hermana—. ¿No lo sabes? Pues yo te lo diré. Quería casarse con lady Ormidale. Y se iba a casar con ella, porque aborrecía a Reginaldo...

—Reginaldo no es bueno —interrumpió Lena gravemente—. La opinión de papá era acertada en lo tocante a ese hombre.

—Lo mismo opinaba de Pablo Wingrove y ¿estaba en lo cierto? —replicó Beatriz con amarga ironía.

Ruborizada hasta las sienes, Lena se desprendió de su hermana que la detenía. Se alejó. El tono irónico de las últimas palabras de Beatriz la había herido dolorosamente.

Parecía que nadie sino ella tenía fe en el hombre a quien no había tenido reparo en entregar su corazón para siempre.

Dirigióse al gabinete esperando encontrar a Pablo. Necesitaba verle antes de que se suspendiese la indagatoria y saliese del comedor Miguel Dred. La constante presencia del detective la oprimía de un modo insoportable. Parecía que tenía una espada suspendida sobre su cabeza. Por donde quiera que iba, siempre le encontraba en su camino y le helaba la sangre en las venas con la severidad de su mirada y con sus insinuaciones contra Pablo.

Al dirigirse al gabinete, se cruzó con Mrs. Vayne que la dijo con tono de reproche:

—¿Va usted en busca del teniente Wingrove? ¡Hija desnaturalizada! ¡Parece mentira que tenga usted valor para hablarle y estrechar su mano..., la mano que por lo que todos sabemos puso el veneno en la copa!

Lena siguió andando sin responder, aunque las palabras la habían lacerado el corazón. Un momento después se dejaba estrechar por los brazos de Pablo buscando fuerzas en su fuerza y esperanza en el mundo del amor que brillaba en su rostro hermoso y varonil.

—¡Lena! ¡Lena! ¿Te acobardas? ¡Hay que ser valiente querida mía!

—Por lo que a mí toca es fácil ser valiente, Pablo. Por ti es por quien temo a veces. —Sus ojos recorrieron rápidamente la estancia y se estremeció y tembló—. ¿Has leído los periódicos, Pablo?

El marino se sonrió tristemente, pero sus ojos fulguraron.

—Están llenos de veladas insinuaciones contra mí. ¿Pero que importa, querida mía? Tú y yo sabemos que soy inocente y que la nube no es muy densa. Las sospechas contra Bell van tomando más cuerpo... Podemos estar seguros de una cosa... La persona que retiró la copa de la biblioteca debe ser el asesino.

—¿De quién sospechas? —preguntó Lena en voz baja alzando su pálido y delicado rostro.

—No sospecho de nadie —respondió Pablo con voz tan baja como la de Lena—. Todo es confusión en mí. Me extravió entre las tinieblas.

Lena acercó hacia sí la cabeza de Pablo.

—Escucha, Pablo. He averiguado para dónde era el telegrama que escribió Dred durante la indagatoria. Era para cierta persona que se halla a bordo del *Berenice*.

Pablo Wingrove se estremeció como si hubiese recibido un balazo. Con el rostro enrojecido recorrió el aposento de extremo a extremo. Después se detuvo ante Lena, la cogió las manos y las oprimió contra su corazón.

—Lena —murmuró con voz cambiada—, si la calumnia y las sospechas arruinasen mi carrera ¿me seguirías siendo fiel?

—¡Siempre! ¡Siempre! —respondió la joven solemnemente.

## CAPÍTULO XIII

UNA INDICACIÓN AUDAZ



Al reanudarse la indagatoria después de comer, el mayordomo fué conducido nuevamente ante el tribunal.

En el colorado rostro del criado persistía la expresión agraviada de antes.

—No se ha encontrado la carta mencionada por usted en su anterior declaración —anunció el juez severamente.

—¿No se ha encontrado? —repitió como un eco Bell con aparente asombro—. Déjeme ir a buscarla y verá como la encuentro.

—Es completamente inútil —replicó el juez—. Se ha registrado minuciosamente la habitación de usted, y no ha parecido más que este sobre roto con la dirección del relojero.

—¡Pues dentro estaba la carta —exclamó el anciano criado con irritada extrañeza—! El sobre lo escribí yo mismo para no olvidar las señas del relojero, porque mi memoria no es hoy tan buena como cuando viajaba con el señor y recordaba perfectamente los nombres de todos los proveedores de la casa. ¡La carta la han sacado del sobre! ¡Le aseguro a usted, señor juez, que aquí hay alguien que quiere perderme! ¡Ya hace tiempo que... hay muchas intrigas en esta casa!

—¡Retírese! —dijo el juez con tono autoritario.

Pero el mayordomo no tenía ganas de obedecer. El estado de su ánimo había llegado a la desesperación y se mostraba sordo a la autoridad.

—No, señor; no, señor —protestó con vehemencia sin moverse de su sitio—. No debo callarme, señor juez. Un hombre a quien se le agravia y se le maltrata como se me ha maltratado a mí en estos dos últimos días, y un hombre de quien se sospecha que ha asesinado a un amo a quien hubiera querido ver cumplir los noventa años, tiene derecho a que se le escuche. Hacen ustedes muy bien en indagar la causa de la muerte del señor, porque no es natural que un hombre muera fuera de su cama, y si en la muerte del señor hay algo que merezca castigo, cosa que no dudo, porque tengo formada mi opinión..., es muy justo que se indague. A mí no me gustó nunca ese médico, y desde que lord Luxmore declaró su intención de hacer médico a Mr. Reginaldo, comprendí, más por miradas que por palabras, que no eran del todo buenas las relaciones entre el doctor Hale y el señor. Y era natural. ¿Por qué? Porque ¿no ven ustedes que si se hacía médico Mr. Reginaldo Luxmore y se establecía aquí, iba a quitar la parroquia al Dr. Hale?

El juez hizo un imperioso ademán para contener el torrente de garrulería del mayordomo. Pero la voz entrecortada del criado subió aún más de tono.

—Cuando pienso en ello, recuerdo que el señor se quejaba muchas veces de lo mal que se sentía después de tomar esa medicina que llevaba tomando tanto tiempo. Sí, señor; y si se pregunta a mistress Vayne, dirá lo mismo que yo. Porque hemos hablado muchas veces de ello y me ha dicho en muchas ocasiones que la tal medicina le hacía más daño que provecho al señor..., y lo mismo he opinado yo siempre, perdonen que lo diga. Tan poca fe me inspiraba la medicina que más de una vez, sin decir nada a Mrs. Vayne ni a las señoritas, la tiré por la ventana...

—¡Silencio! —gritó el juez levantando la mano irritado—. No puedo permitir que siga declarando en esa forma. Eso no es declaración. Debe usted ceñirse a las preguntas que se le

dirijan. Ya le he dicho antes que no debe exponer opiniones personales que nadie le pide.

—Muy bien, señor, muy bien —replicó el mayordomo sin achicarse—. Sea como usted quiera, pero yo digo lo que ocurría con la medicina.

Siguió un silencio desagradable. Después preguntó el juez gravemente.

—¿Hay algún frasco que contenga restos de los medicamentos que se administraban a lord Luxmore?

—Había una poción en un gabinete contiguo al despacho —dijo Mrs. Vayne—, pero ya no están.

—Los tengo yo —explicó Miguel Dred—. Su contenido se analizará lo más pronto posible.

—¡Le digo a usted que la muerte la ha causado la medicina! —repitió la indignada voz del mayordomo desde la lejana silla donde se le había obligado a sentarse.

## CAPÍTULO XIV

### AUMENTA EL MISTERIO



La acusación lanzada por Bell contra el Dr. Hale produjo un marcado efecto sobre el Jurado. Bell era hombre muy conocido en todo Luxmore. Su charlatanería y su afición a las murmuraciones y a los coloquios con todos los tenderos del pueblo por espacio de varios años, le habían convertido en una autorizada fuente de información en todo lo referente a lord Luxmore y a su casa, y una simple indicación del locuaz mayordomo tenía toda la fuerza de una noticia periodística. Jamás se había discutido su fidelidad para con su amo, y por tal razón, aunque resultaba casi absurda la denuncia formulada contra el médico de la familia, facultativo a quien la gente del pueblo colocaba en el orden de la consideración, inmediatamente después del párroco, como Bell se hallaba en situación de saber los más recónditos misterios de la familia del noble difunto, los individuos del Jurado, amigos del mayordomo, movieron la cabeza significativamente, opinando que la indicación de Bell podía tener mayor importancia que lo que a primera vista parecía.

El rostro de Miguel Dred tomó la expresión de perplejidad y de duda, que últimamente se observaba en él con tanta frecuencia. No expuso ninguna opinión, pero murmuró una apagada exclamación de impaciencia. Lena Luxmore se sintió más tranquila, porque el brusco giro de las sospechas alejaba de Pablo la evidencia circunstancial. Al mirarle, vio que en su rostro se retrataba el asombro y la incredulidad. Beatriz no daba muestras de ninguna sensación. En cambio en los hermosos y negros ojos de Mrs. Vayne había una visible satisfacción.

Restableciendo el silencio, el juez llamó a Mrs. Vayne. La dama se acercó a la mesa con los aires de digna importancia que pudiera haberse dado una duquesa y esperó las preguntas en actitud indiferente. Pablo creyó observar que Mrs. Vayne se mostraba más tranquila y más complacida que al principio de la indagatoria.

El juez comenzó su interrogatorio:

—Aunque lord Luxmore disfrutaba de buena salud, créo que recibía visitas periódicas del doctor, ¿verdad?

—Sí; El Dr. Hale venía a verle una o dos veces por semana.

—¿En qué fecha hizo su última visita?

—El martes por la mañana; el mismo día de la muerte de lord Luxmore. Vino a las once.

—¿Quién se encargaba de los medicamentos y quién se los administraba a lord Luxmore?

—Eduardo Bell.

—¿Nadie más?

—Nadie.

—¿Observó usted si la medicación ejerció algún efecto perceptible sobre la salud de lord Luxmore?

Mrs. Vayne permaneció silenciosa un momento, y luego, lentamente, como de mala gana, contestó:

—Mi impresión es que últimamente, sobre todo, lord Luxmore se sentía más bien peor que mejor después de tomar la

medicina. —La voz de la testigo se puso trémula—. El primero que me llamó la atención sobre esto fué el mayordomo y hablé del asunto con el Dr. Hale, pero éste se mostró extrañado y me dijo que seguramente era equivocada mi apreciación.

—¿Sostenían relaciones amistosas el Dr. Hale y su paciente?

—Yo creo que sí. Sin embargo, el Dr. Hale mostró cierto disgusto al saber que Mr. Reginaldo Luxmore pensaba establecerse aquí como médico, porque probablemente temía la pérdida de su clientela.

—¿Era reciente ese proyecto de Mr. Reginaldo?

—Sí; hace pocos días que habló de ello lord Luxmore al saber que su sobrino iba a revalidarse. El señor tenía empeño en que su sobrino se acostumbrase a ganar la vida con el trabajo, y sólo bajo esta condición se hallaba dispuesto a legarle el título.

—Perdone usted —interrumpió el abogado de la familia—. ¿Cómo iba a impedir lord Luxmore que heredase el título su sobrino?

El rostro, naturalmente sonrosado de Mrs. Vayne, se puso rojo de rabia.

—Me parece que había un medio de impedirlo —replicó vivamente—. El difunto lord Luxmore no era tan viejo que no pudiera volver a casarse.

Mr. Roscoe se sonrió ligeramente. Mrs. Vayne estaba todavía guapa y se hallaba en edad muy a propósito para contraer matrimonio. De sus palabras se infería que el asesino de lord Luxmore había chasqueado sus más acariciadas esperanzas.

En aquel momento se abrió suavemente la puerta y entró el Dr. Hale. Su aparición fué como un toque de silencio.

Completamente ignorante de la atención que despertaba se dirigió con despreocupación al sitio que había ocupado en las anteriores sesiones, pero casi en el acto le llamó el juez. El médico se levantó y se aproximó a la mesa, evidentemente sorprendido de la pronta llamada. Mrs. Vayne, que se había retirado a su sitio, parecía algo inquieta.

—En su anterior declaración, señor Dr. Hale —comenzó a decir el juez, y el médico notó instantáneamente la diferencia entre aquel tono y la cortesía con que anteriormente le había hablado—, dijo usted que el difunto lord Luxmore era de buena constitución, pero que en cierto modo podía calificarse de enfermo imaginario. ¿Tiene la bondad de darnos por menores más completos de las condiciones del difunto?

—Con mucho gusto —repuso el doctor Hale—. En el curso de mi práctica médica he encontrado con frecuencia casos semejantes, especialmente entre personas de cierta edad. Aunque lord Luxmore gozaba siempre de buena salud, se preocupaba mucho de sí mismo. Figurábase, y muchas veces lo decía, que estaba pálido. He observado que estas indisposiciones tienen generalmente un origen mental. En realidad, sólo se trataba de un trastorno nervioso que requería un tratamiento sencillísimo. Yo le visitaba de un modo regular porque él me lo mandaba, y como recientemente, desde hace un mes o cosa así, menudearon estos trastornos nerviosos, le receté un tónico que tomaba con resultados beneficiosos.

El mayordomo quiso estallar en una violenta réplica, pero se le mandó guardar silencio. Miguel Dred se acercó un poco a la mesa y con tono suave e insinuante dijo:

—Doctor, ¿tendría usted inconveniente en mencionar los ingredientes de que se componía ese tónico? Supongo que serían quina, hierro... o quizás un poco de arsénico, porque, según tengo entendido, el arsénico se considera como un buen tónico alternativo.

El Dr. Hale se puso rojo y se irguió. Había observado la atención con que se esperaba su respuesta.

—Mi última prescripción —dijo con voz fuerte y un tanto retadora— contenía una pequeña proporción de licor arsenical, aunque en cantidad menor que la dosis medicinal ordinaria.

(Continuará. Véase la página 28 de este número.)





Publicamos aquí los originales que nos envíen nuestras lectoras: artículos, ensayos, crónicas, comentarios, fragmentos de diario, narraciones, poesías, etc.: ideas de labores, etc. Se publicará lo que permita el espacio disponible, prefiriendo lo que tenga mayor interés general.

## F L I R T

**Q**UERIDA Madre María del Sagrario: Quiero que mi carta llegue al convento antes que la noticia; y que usted me juzgue y me perdone, si cree que lo merezco, aunque yo no me perdonaré nunca.

Conocí a Paco Morales —¡cómo me duele escribir su nombre!— en los días de visita, cuando él iba al convento a ver a su hermana María Luz, y llevaba tantos bombones que había para todas. Después no he vuelto a verle hasta este verano en Santander. En el mismo hotel nos hubimos de encontrar, todos sus amigos eran novios o hermanos de mis amigas; nos veíamos por la mañana en la playa, por la tarde en la excursión, por la noche en el Casino. Todos se habían formado en parejas, y tenían su «flirt»; sólo nosotros anduvimos un poco de tiempo descabalados, pero acabamos por buscarnos siempre para charlar de literatura, de viajes y hasta de amor. En fin, Madre, que acabamos flirteando también.

Antes de pasar adelante, quiero que sepa usted lo que esta horrible palabra «flirt» significa. Es una amistad entre hombre y mujer que no es noviazgo, puesto que el pensamiento de boda, más o menos lejana, no existe. Sin embargo, yo escogía para ponerme el vestido que más le gustaba a él; daba a mis cabellos la forma que a él podía agradaarle más, me perfumaba, reía, coqueteaba, hacía, en fin, todo lo que hacemos las mujeres para agrada a un hombre, y, a pesar de ello, yo no le quería como a un novio.

Generalmente hablábamos de literatura, y yo procuraba que en mis apreciaciones hubiera siempre una inteligente feminidad. Él era entusiasta de Beethoven, y yo acabé por comprender su divina música. En pintura no solíamos estar conformes, pero yo daba a mi ignorancia en este arte tan infantil ingenuidad que tal vez era esto el mayor encanto y la más grande seducción que yo utilizaba. Y esto era mi «flirt» y es el de todos.

¿Que esto es un horrible pecado? Sí, Madre; espantoso. Ahora lo comprendo. Es decir a un hombre: «¿Ves toda esta belleza que tú admiras y este espíritu que te parece tan perfecto? Pues nada de esto es para ti.

Yo sé bien cuán monstruoso le parecerá a usted tal proceder.

A los dos meses de tratar a Paco me empecé a dar cuenta de que él era un ser bien distinto de lo que todos creíamos. En primer lugar era un formidable poeta; me recitó y me dió a leer poesías verdaderamente maravillosas. Además, debajo de su serenidad de hombre de mundo, y tan oculto que nadie hubiera podido sospecharlo, vivía el más grande sentimental que yo he conocido.

Confieso, Madre, que al hacer tal descubrimiento me asusté un poco; pero empecé a explicarme cosas que antes no entendía. Su sensibilidad exquisita, su bondad infantil, habían hecho que en lo que cualquier otro hombre hubiera visto coquetería y malas artes, él, con su enorme inteligencia, sólo veía, tal vez, una inconsciente ingenuidad, nada reprochable para mí.

Esto, que al principio me preocupó, porque no hay nada más peligroso que jugar con los buenos, después empezó a agrardarme. Nadie en el mundo me verá nunca tan perfecta como él me creía. Yo era la más bella, la más buena, la más inteligente de todas las mujeres. Así me lo dijo un día; precisamente la víspera de la desgracia.

Aquella noche recibí un telegrama en que me anunciaba mi novio su llegada al día siguiente, y me pareció necesario que Paco supiera que dentro de unos días yo estaría ya oficialmente prometida. Me esperaba en la escalera del Casino, como todas las noches, y después de unas cuantas palabras indiferentes le di el telegrama, con la misma sencilla camaradería con que se lo hubiera dado a una amiga. Le vi en seguida horriblemente pálido, y con la voz un poco cambiada me dijo: «¿A qué viene?» «A pedir mi mano —contesté—; este invierno seré ya una señora casada... y te veré menos», dije riendo. Después entramos en el salón de baile, y ya no le vi en toda la noche. Al salir, le encontré en la terraza y se acercó a mí: «Dime: ¿tú quieres mucho a tu novio?» «¡Claro, hijo; como que somos novios de toda la vida, y no me explico cómo podría yo casarme con nadie que no fuera él...» Ya no me habló más, y en silencio llegamos al hotel. Comprendí que estaba disgustado; pero yo tenía tanto que pensar para el día siguiente, que ya no me preocupé más que del vestido que me pondría para recibir a mi novio.

A media mañana, estando leyendo periódicos en el hall, oí gritos y escándalo en el segundo piso, y pensando que a mamá la hubiera ocurrido algo, subí corriendo la escalera. Antes de llegar al primero vi bajar a mi madre, completamente descajada y trémula. Se apoyó en mí, y me dijo: «Paco Morales se acaba de matar de un tiro en la cabeza.»

Esta es la historia, Madre. Ya no me caso. Si puedo sobrevivir a estos momentos de horror, y ustedes perdonan a esta pobre pecadora, tal vez algún día les pida la caridad de una celda en su santa casa.

ELENA FORTÚN.



## L A S P I E L E S

**T**AL vez nunca pensaste, mujer, al envolverte en tu capa de pieles, o poner sobre tus hombros el plateado renard, los sufrimientos que cuesta tu inconsciente coquetería. Seguramente no has pensado que esas preciosas pieles, de que tan orgullosa estás, son el traje natural de un pobre animalito a quien Dios vistió bellamente.

¿Cómo habrías tú de consentir la persecución encarnizada que se hace a los animales, si hubieras pensado en ello? Ya las pobres alimañas no saben dónde guarecer a sus hijos; por todas partes les acecha el cepo y la trampa; muchas veces, cuando sale la hembra a buscar comida, vuelve con el sangriento muñón de una pata que ella arrancó con sus dientes de la mordedura del cepo. Otras veces no vuelve más, y la cría se muere de hambre. Ya, lo mejor que espera a los pobres animales es morir de una bala; pero no siempre se muestra el hombre tan caritativo.

En el Canadá se caza, en el rigor del invierno, con trampas que consisten en hoyos profundos, abiertos en el suelo y disimulados con ramaje. Estas trampas no son visitadas por el hombre más que cada quince días, lo más. La víctima que cayó en ella tiene que esperar mucho, con las patas o las costillas rotas a que un alma compasiva remate una existencia tan amarga.

En la Rusia americana se usan para cazar pedazos de barbas de ballena, que, encorvados hasta formar un semicírculo, y mojados para que, al helarse, conserven su forma, se cubren de grasa y se siembran sobre la nieve. El animal, hambriento, se traga estos pedazos, que, al recobrar su forma con el calor del estómago, desgarran sus entrañas con las puntas que ya el cazador se cuidó de afilar.

En Alemania se caza el tejón en su misma madriguera. Unos perros pequeños, amaestrados para el caso, le hacen salir de su refugio, y en el momento en que asoma la cabeza, el cazador, que ya está preparado, le coge por el cuello con unas fuertes pinzas de hierro y con ellas le estrangula.

No todas las pieles son de animales dañinos; la mayor parte son de lindos animalitos inofensivos que tú, mujer, serías incapaz de matar, pero de los que eres el inconsciente verdugo.

Esta angustia de millares y millares de seres que viven aterrados, perseguidos; este dolor de todas estas vidas arrancadas y ofrecidas a ti, ¡oh, mujer!, a tu capricho, que no a tu necesidad, hará llegar el día en que esta amargura, este horror, cristalice en algo muy doloroso para ti, pero necesario para restablecer la armonía en el mundo.

Hasta el pobre gatito que fué tu compañero, silencioso y amable, en el hogar, entrega ya su piel para que tú pongas un borde a tu vestido; y el mono que te hizo reír con sus visajes, y la nutria, tan ingeniosa, y el topo de terciopelo, dan su vida para tu adorno. Y a todos estos animales debieras protegerlos tú contra la brutalidad de él, que por ti mata y por ti debería dejar de matar.

Sólo tú, mujer, sabes lo que vale una vida; tú que la has llevado o que la llevarás en tu entrañas. No permitas que, sin necesidad, se pierda una sola. La de quien sea, aunque esté en un ratoncillo, defiéndela, que es la Vida.

El, que te ama por ser mujer —y serlo es estar llena de amor y ternura para todo lo creado—, ya verás cómo inventa para ti las telas más bellas y los terciopelos más preciosos. Y no habrá piel que pueda compararse con las que hagan sus manos para ti. Y entonces te amará por hermosa; pero te amará más todavía por buena.

ELENA FORTÚN.





*Vestido de crespón turco, azul pastel, adornado con lentejuelas de acero claro con reflejos pastel.*

*Abrigo de tafetán negro forrado de rosa.*

JEANNE LANVIN

LUCIEN LELONG

## LOS GRANDES MODISTAS



LUCIEN LELONG



JENNY



LUCIEN LELONG

*Vestido de noche de «crepe Georgette» color carne, con un efecto de bolero redondeado. En la falda, alta franja de gruesas lentejuelas de acero con reflejos azules y grises.*

*Vestido de gala de «crepe satin» blanco, adornado con flecos de cristal que forman motivos desiguales.*

*Vestido de raso azul pálido, bordado con perlas y abalorios de cristal. Una cintura plegada ciñe al talle la falda en forma.*



PHILIPPE ET GASTON

*Traje de crespón de China rojo oscuro, con racimos de uvas y hojas, bordados en blanco. Cuello de «crepe Georgette» blanco.*



JENNY

*Blusa de raso verde, «lamé» en oro, bordado con perlas azules y rosas, y colocado sobre un vestido de encaje de oro.*



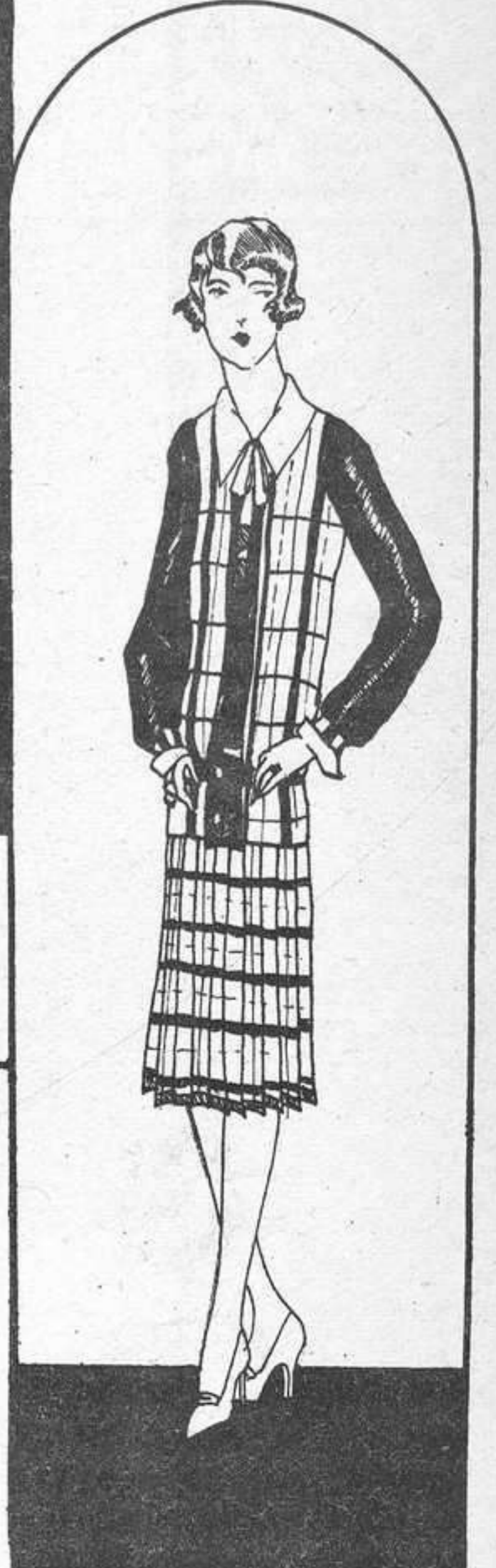
PHILIPPE ET CASTON

*Traje de playa, de crespón de China negro, forrado de crespón blanco. Ancha cintura de ante negro.*



JENNY

*Vestido de «crepe satin» blanco, adornado con flecos de cuentas de cristal.*



JENNY

*Vestido de tafetán a cuadros, en negro y blanco, con mangas de tafetán negro y cuello de «Georgette» blanco.*



MARTHE REGNIER

*Sombrecito de «gros-grain» negro, adornado con un largo fleco de plumas de avestruz gris.*



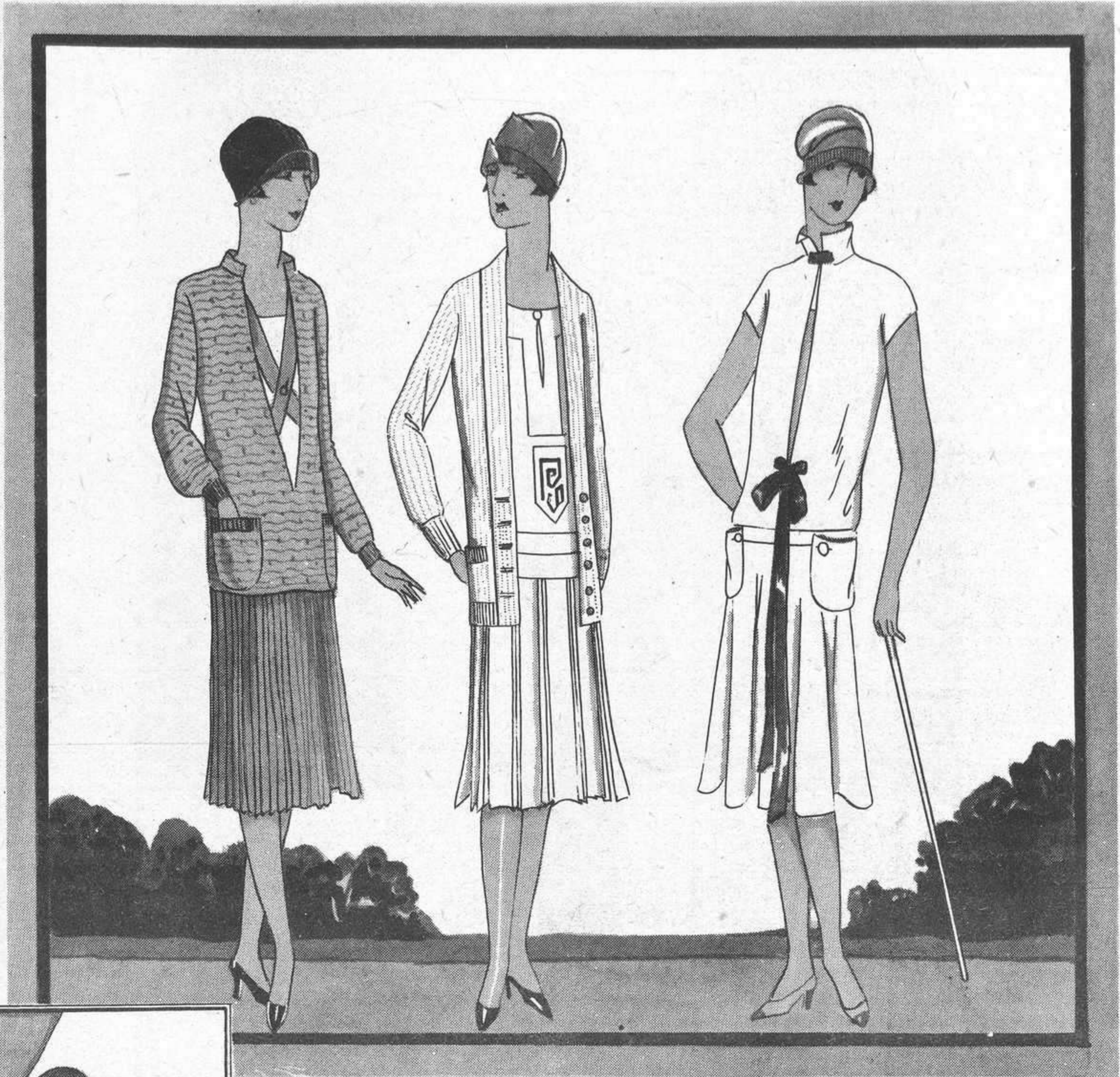
LEWIS

*Boina de paja de seda, en dos matices de verde; la parte de delante es la más clara; aguja de cristal.*



REBOUX

*Sombbrero de «gros-grain» negro, con la copa muy alta, adornada a un lado con anchas listas multicolores.*



LANVIN

PATOU

LANVIN

*De izquierda a derecha: «jumper» de jersey azul y gris, colocado sobre un chaleco rosa y acompañando una falda azul pastel.— Vestido de crespón sokol blanco, con monograma bordado, acompañado por un abrigo de punto blanco, cerrado por una cinta azul.*



*Vestido de crespón estampado, con dibujos blancos sobre fondo azul marino. Va colocado sobre una blusa de «crepe Georgette» blanco. La pegadura de los volantes plisados forma festones.*

PATOU.



*Vestido de muselina de seda blanca estampada, con gruesos lunares rojos y negros. El canesú, los puños y la franja que bordea la falda son de muselina de seda negra.*

PATOU





PREMET

PREMET

PREMET



PATOU

*De izquierda a derecha: abrigo de tuser beige, con solapas de crespón verde ajeno.—Vestido de crespón de China verde ajeno, bordado en blanco, con un cuello de crespón blanco.—Blusa de crespón de China gris, en cuatro tonos, colocada sobre una falda gris oscuro.*

*A la izquierda, vestido de muselina de seda azul marino con flores malvas, estampadas. Amplias solapas flexibles, abiertas sobre un chaleco malva.*

*Vestido de «crepe satin» negro, cruzado y cerrado a un lado. Volante con canelones. Una ancha cinta de raso rosa sigue el escote y se anuda a un lado.*



JENNY



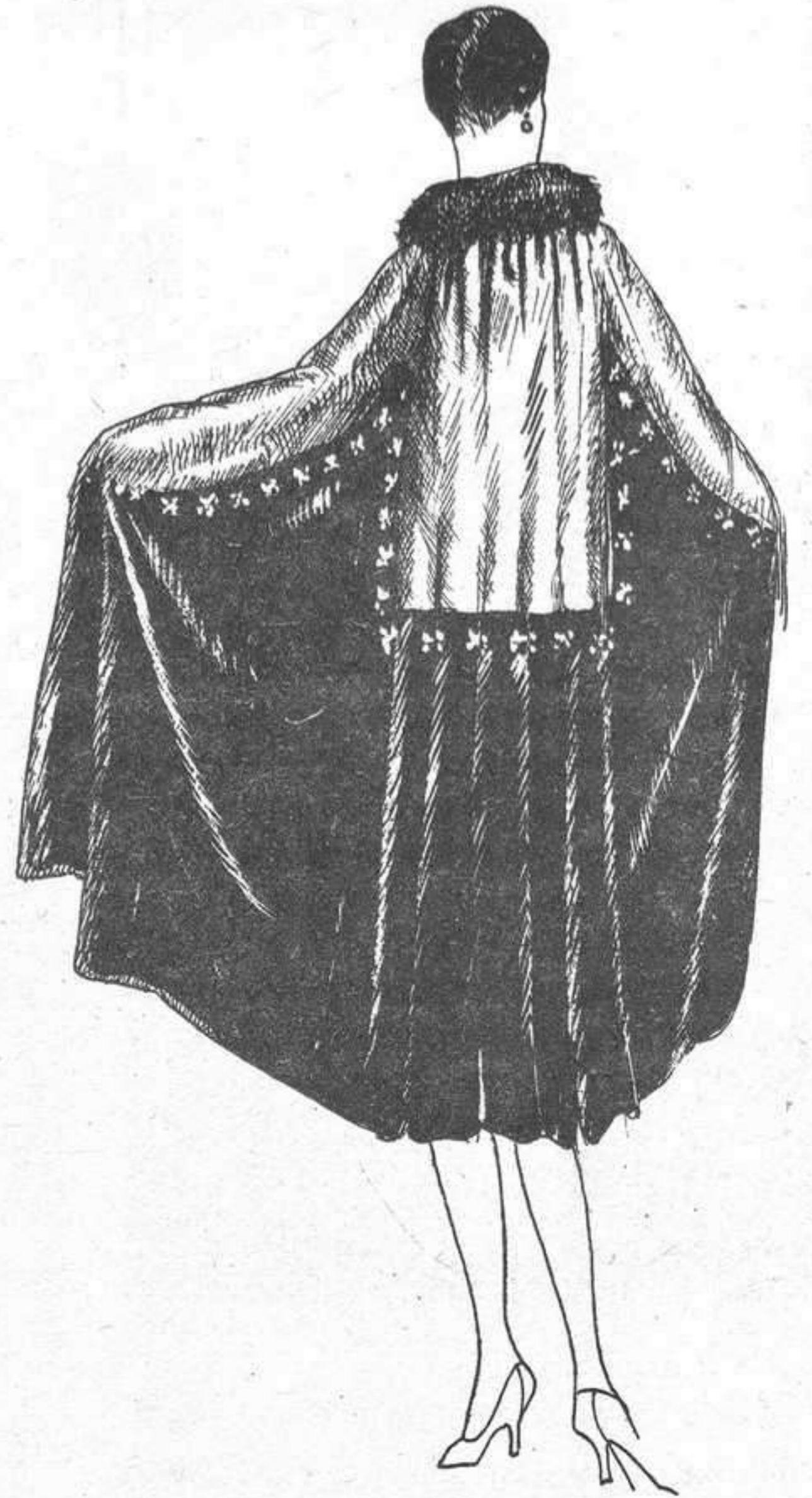
JENNY

PHILIPPE ET GASTON

*El primer modelo, a la izquierda, es de tafetán a cuadros, negro y blanco; lo acompaña un abrigo corto, de hechura «smoking», de drapella negra, con cuello de «crepe Georgette» blanco.*

*A la izquierda, traje de sastre, de drapella azul marino, adornado en el cuello, los puños y el bolsillo, con una franja plisada de muselina de seda multicolor.*

*A la derecha, abrigo de noche de terciopelo verde esmeralda; el ancho canesú es de lamé de plata con reflejos verdes.*



JENNY



TAO

*En el centro, vestido de noche de «lamé», plata y azul pálido, con dos flores de plata y perlas. Largas caídas de perlas, en varios matices de azul, parten de los hombros.*

*A la derecha, conjunto para «sport», de dos clases de kasha: la falda es de kasha natural, y el «jumper», de kasha «pantal», del mismo color. Cintura de charol rojo.*

*A la izquierda, vestido de muselina de seda azul con dibujos estampados en azul pastel; la falda, plisada, forma dos picos a los lados.*

*El segundo modelo, a la derecha, es un vestido de muselina de seda, a cuadros, en rojo, verde y amarillo, sobre fondo negro. El abrigo y las «ruchas» son de tafetán negro.*



TAO



TAO

JENNY

# VESTIDOS Y ABRIGOS DE TAFETAN



*Vestido de baile, propio para muchacha. Es de tafetán rosa, muy fruncido, y lleva una gruesa lazada al talle.*

*Abrigo de tafetán en dos tonos, marrón y beige, con una hebilla de concha en la cintura.*



*Vestido de tafetán barquillo, con listas en color castaño. Pequeñas «ruches» de tafetán barquillo.*

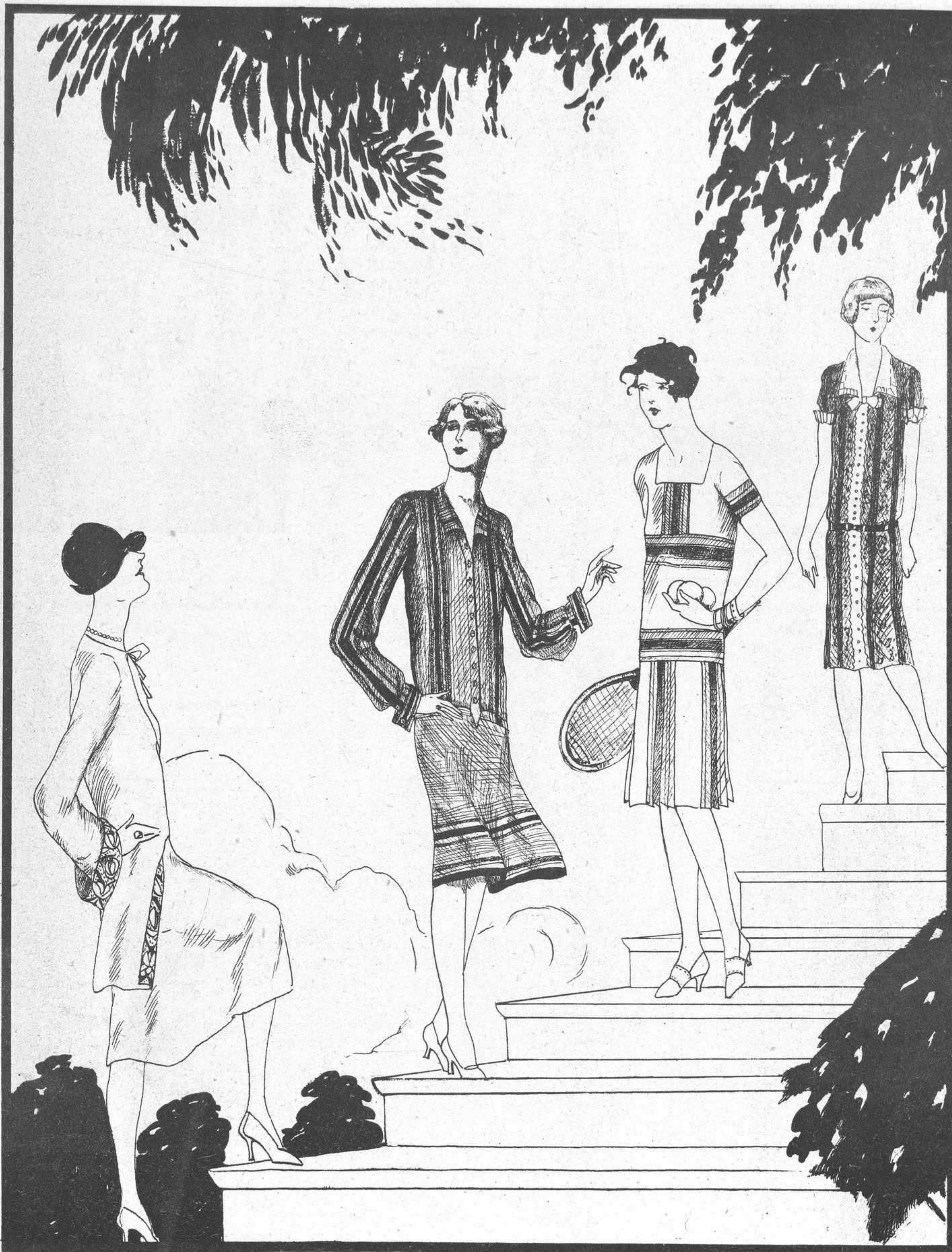


*Vestido de «diner», de tafetán color de berenjena, adornado con gruesas flores de terciopelo y abalorios.*

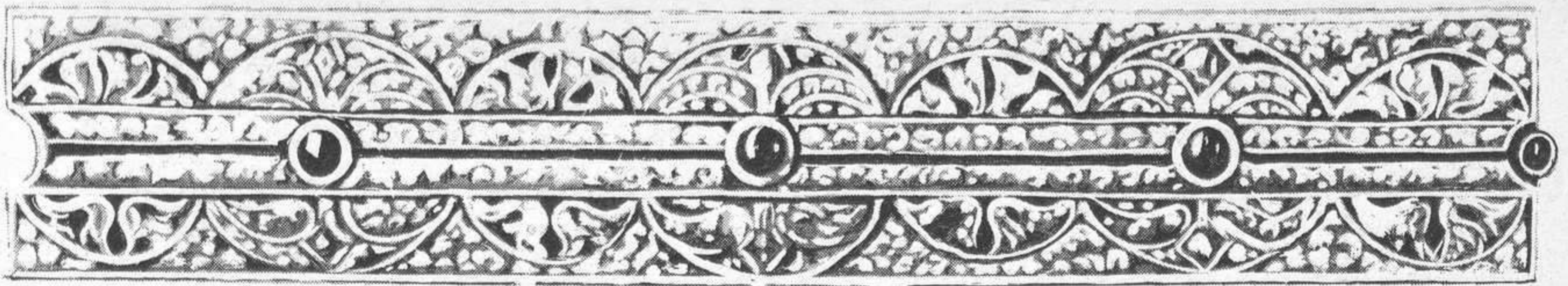
*Abrigo de tafetán negro, con canelones y con una ancha cintura; lleva una rosa en el cuello.*



# PARA EL CAMPO



Los trajes de campo tienen un encanto especial, ya que en ellos cabe entregarse a todas las fantasías de colorido. He aquí, por ejemplo, cuatro modelos completamente diferentes. El primero es un traje de levita, de «toile» blanca, forrado con «toile de Jouy», y llevado con un «jumper» de igual tejido abigarrado. El segundo es de crespón de China con listas; listado también, pero de «toile» de seda, es el tercer modelo. Y el último es de cretona, de la que se emplea para los muebles, con dibujos sobre fondo amarillo. El cuello y los puños son de linón blanco.



# JOYAS

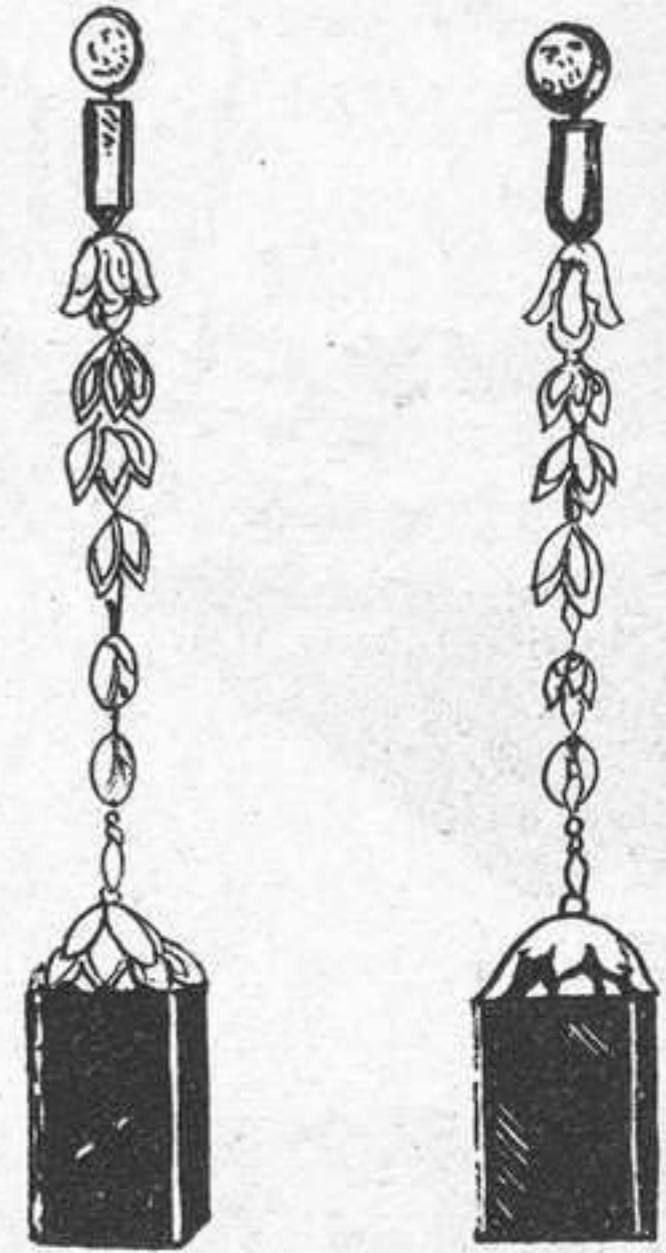


Las pulseras se llevan muy anchas, y la combinación de onix y brillantes sigue gozando de un gran favor.

Las agujas que adornan los sombreros adoptan mil formas diversas. La más nueva de todas consiste en una mezcla de esmalte y de perlas, de inspiración completamente oriental.



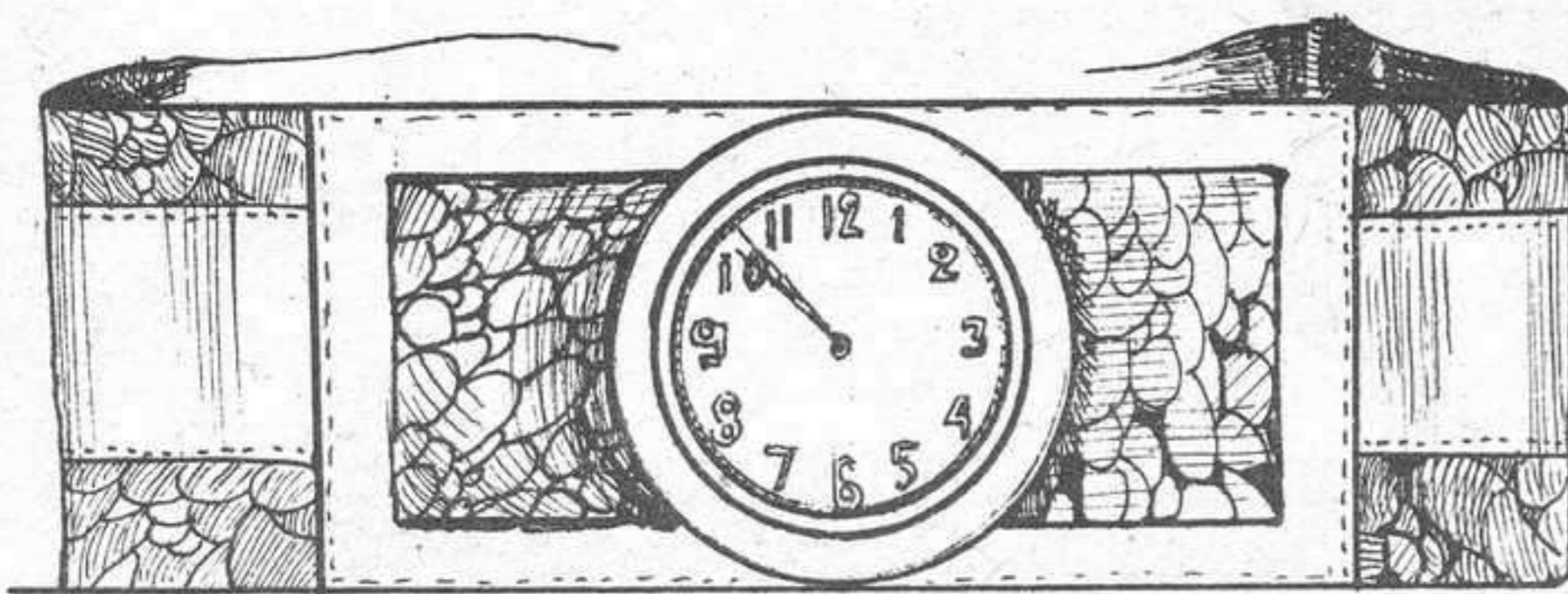
Las esmeraldas están actualmente muy de moda. En la última comida del Ritz llamó la atención una elegantísima mujer que llevaba unos pendientes formados por dos gruesas esmeraldas ovaladas, que colgaban de unas cadenitas de brillantes. Estos pendientes hacían juego con un collar de esmeraldas, unas redondas y otras ovaladas.



Pendientes de esmeraldas y diamantes. La piedra cuadrada llega casi hasta el hombro.

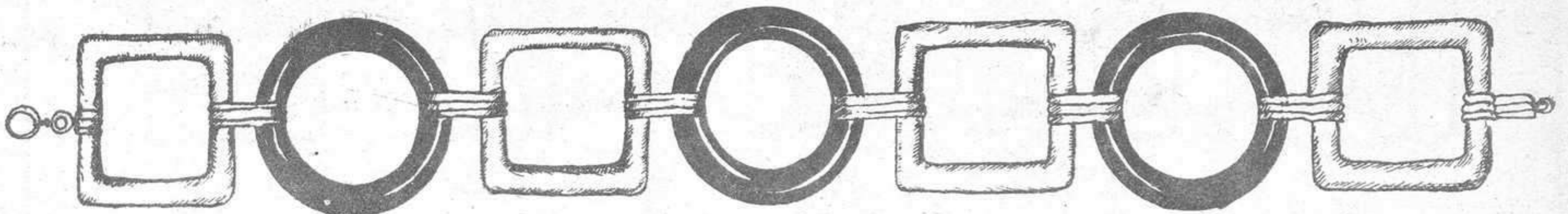


Un motivo de joyería pone una nota de suma elegancia sobre un bolsillo de moaré negro.

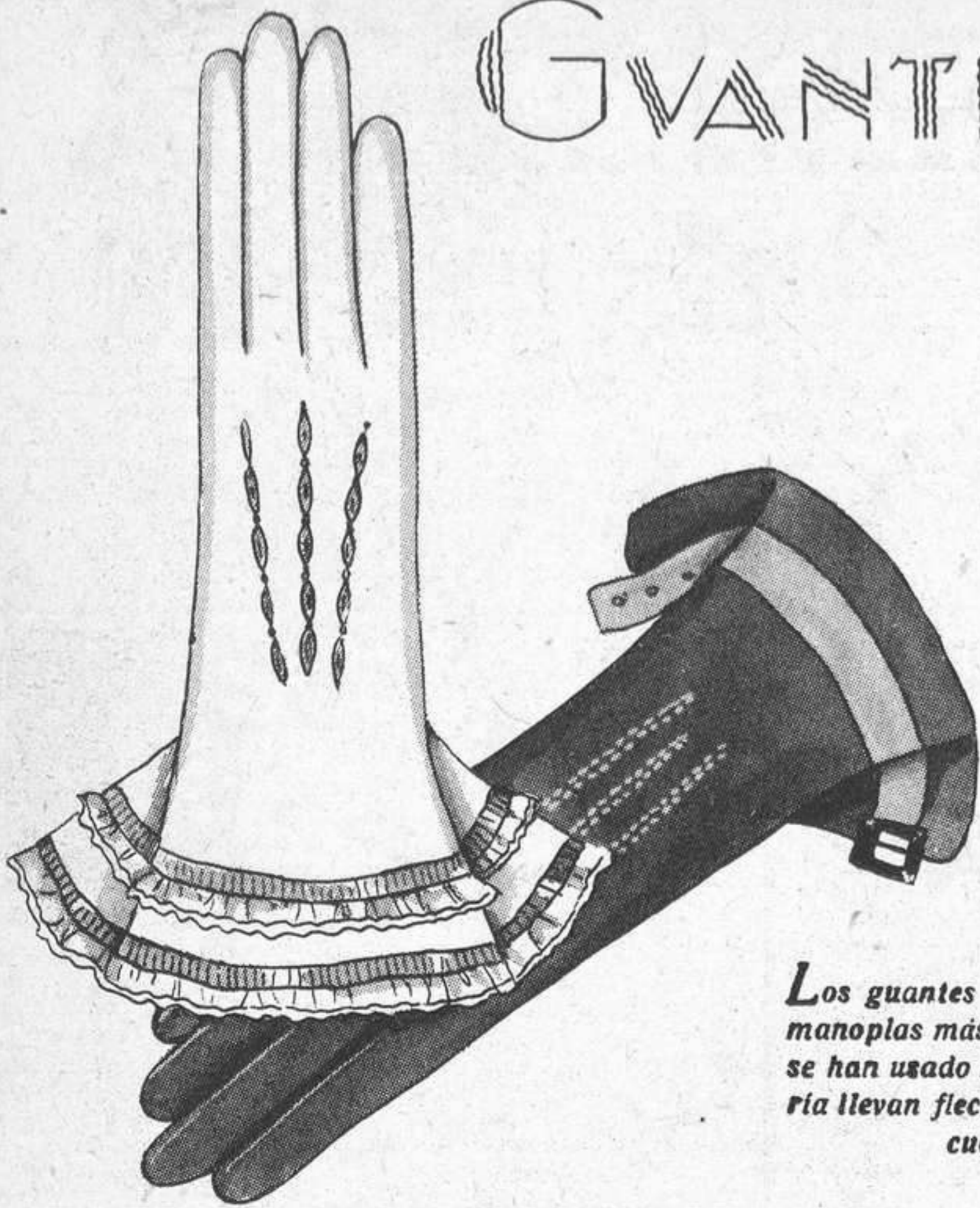


Empieza a manifestarse cierta originalidad en las pulseras de reloj. En el cuero de esta pulsera están reproducidos los dibujos que adornan la placa esmaltada, en cuyo centro está colocado el reloj.

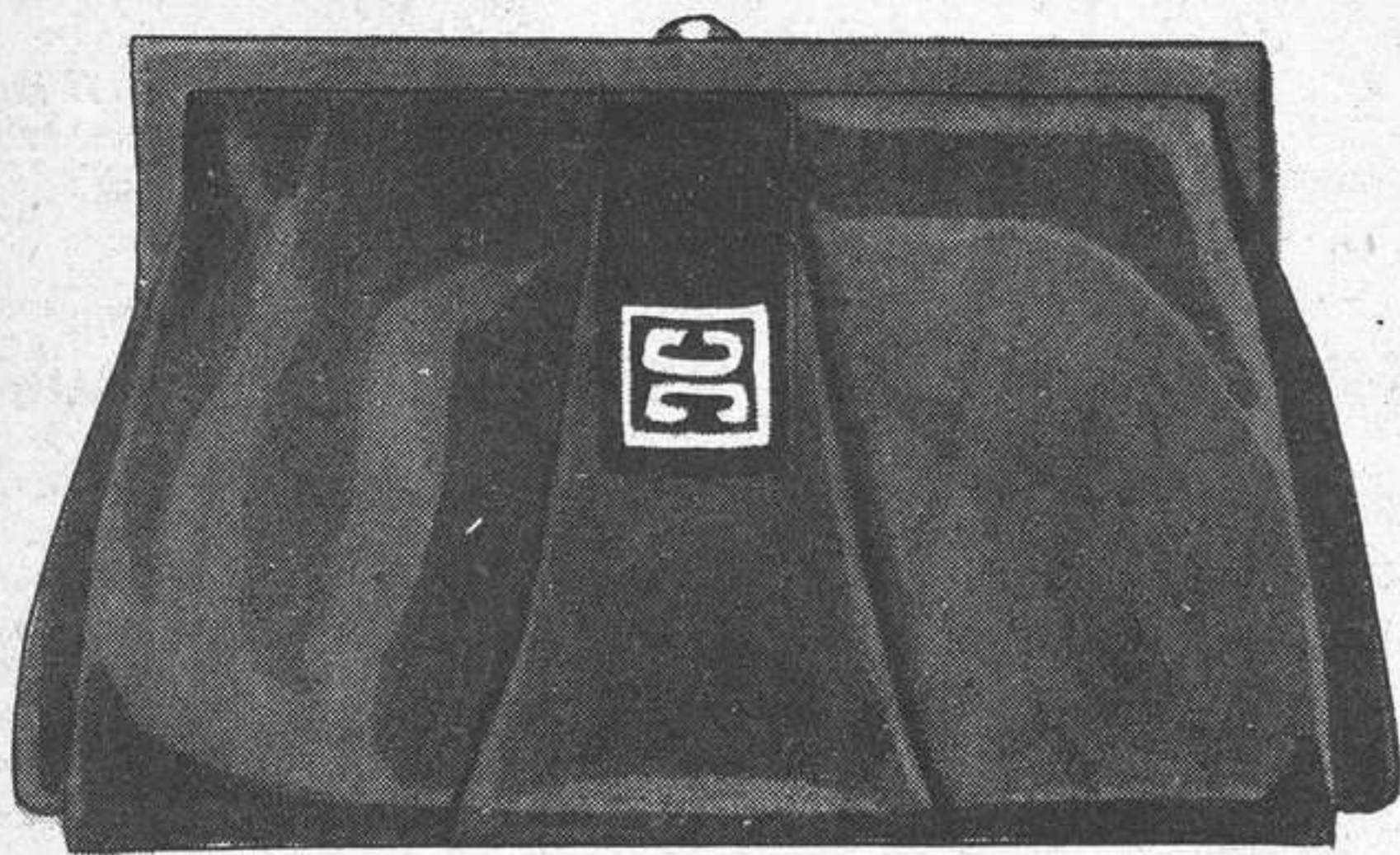
Todas las mujeres elegantes llevan actualmente pulseras como ésta, y a veces también un collar de igual dibujo. Las combinaciones predilectas son oro y onix, oro y coral.



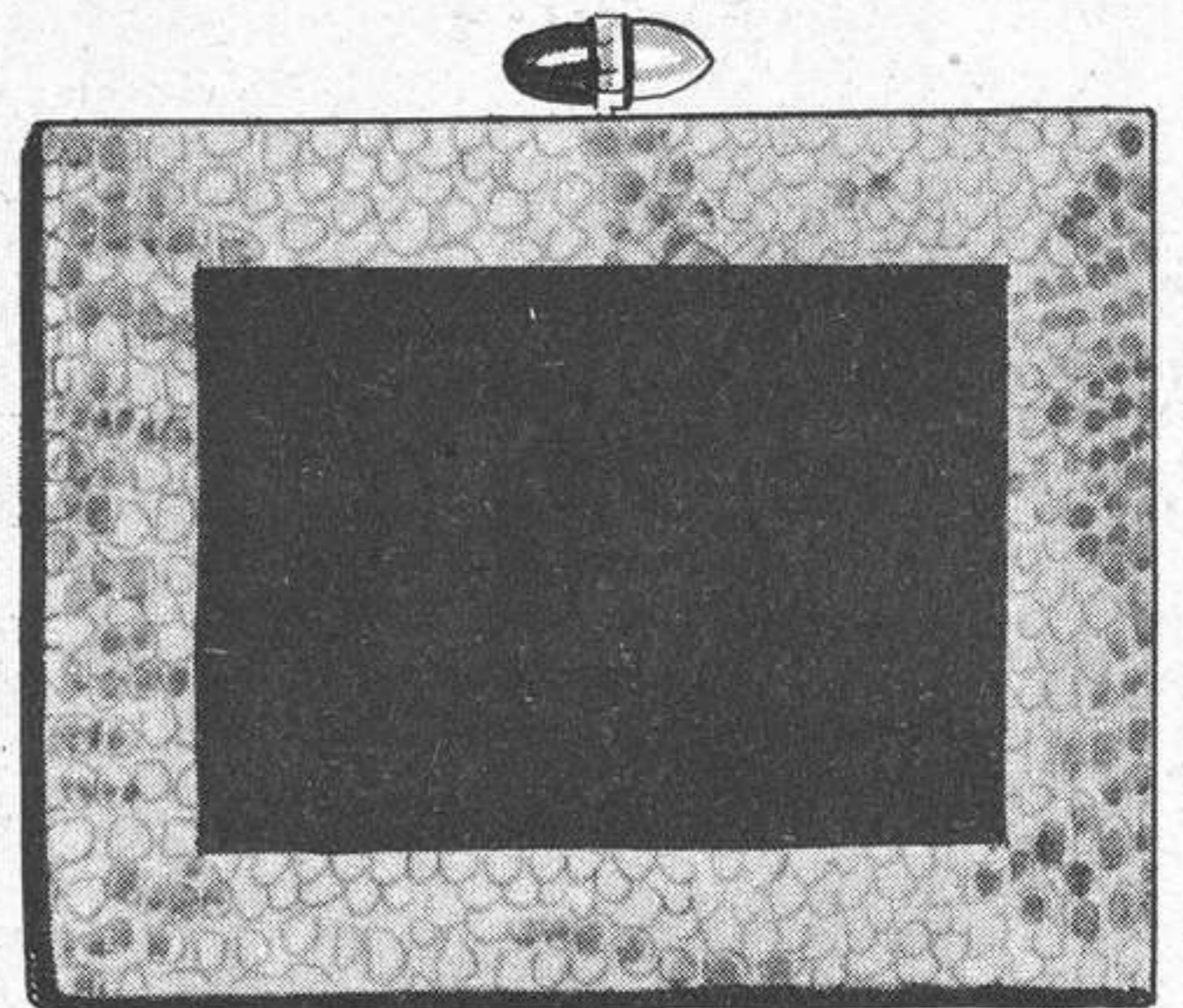
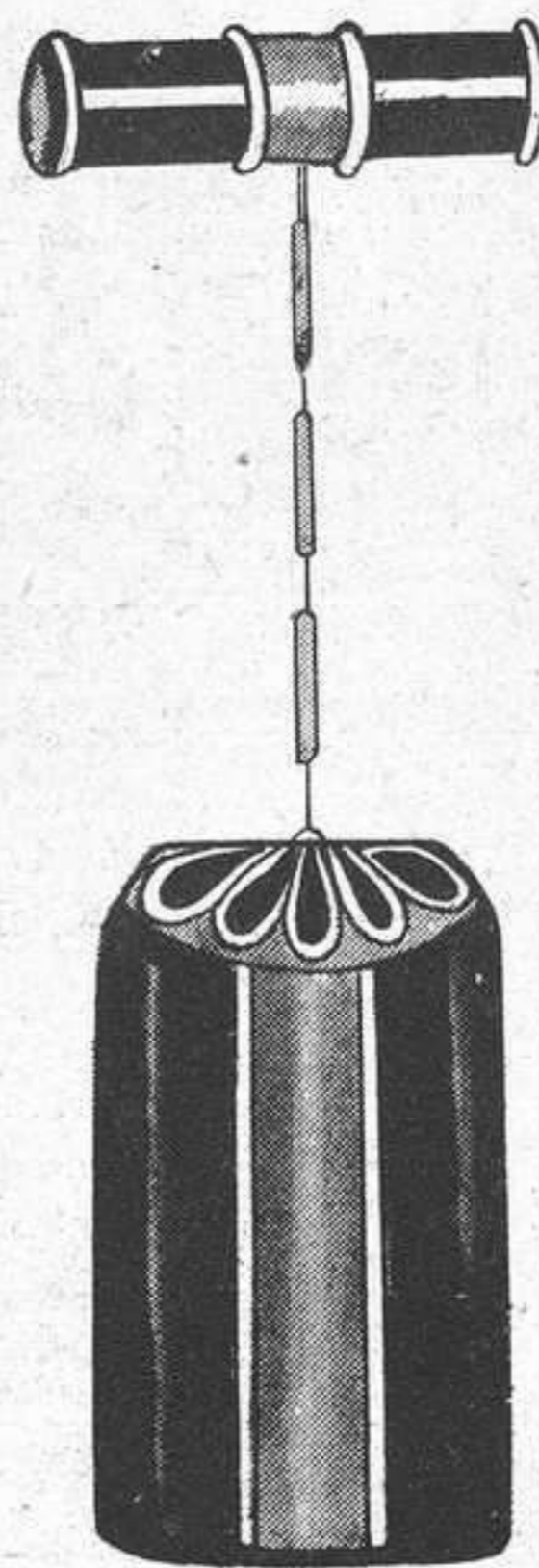
# GUANTES Y BOLSILLOS



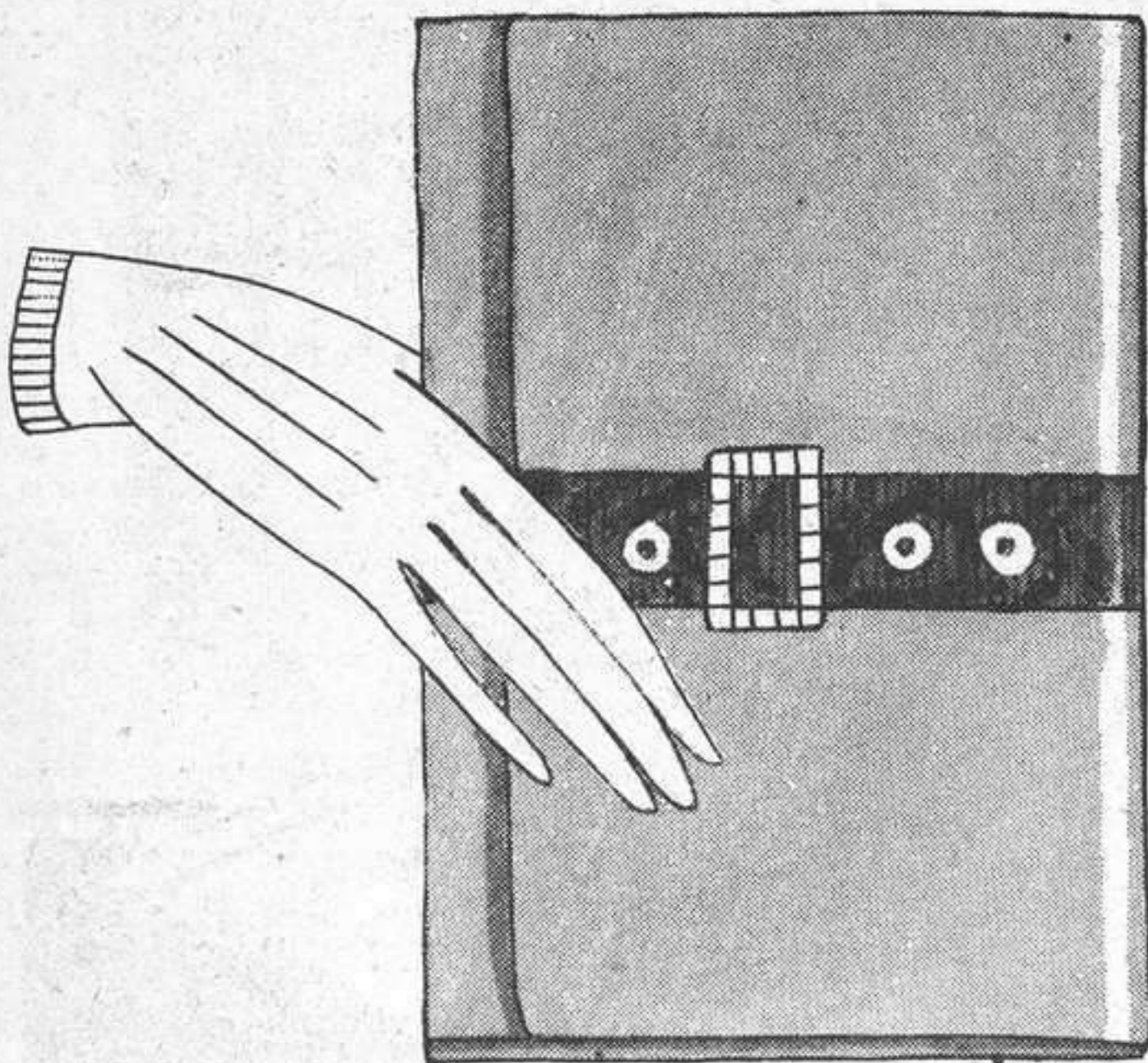
Los guantes de piel se hacen con manoplas más estrechas que las que se han usado hasta ahora. La mayoría llevan flecos o incrustaciones de cuero oscuro.



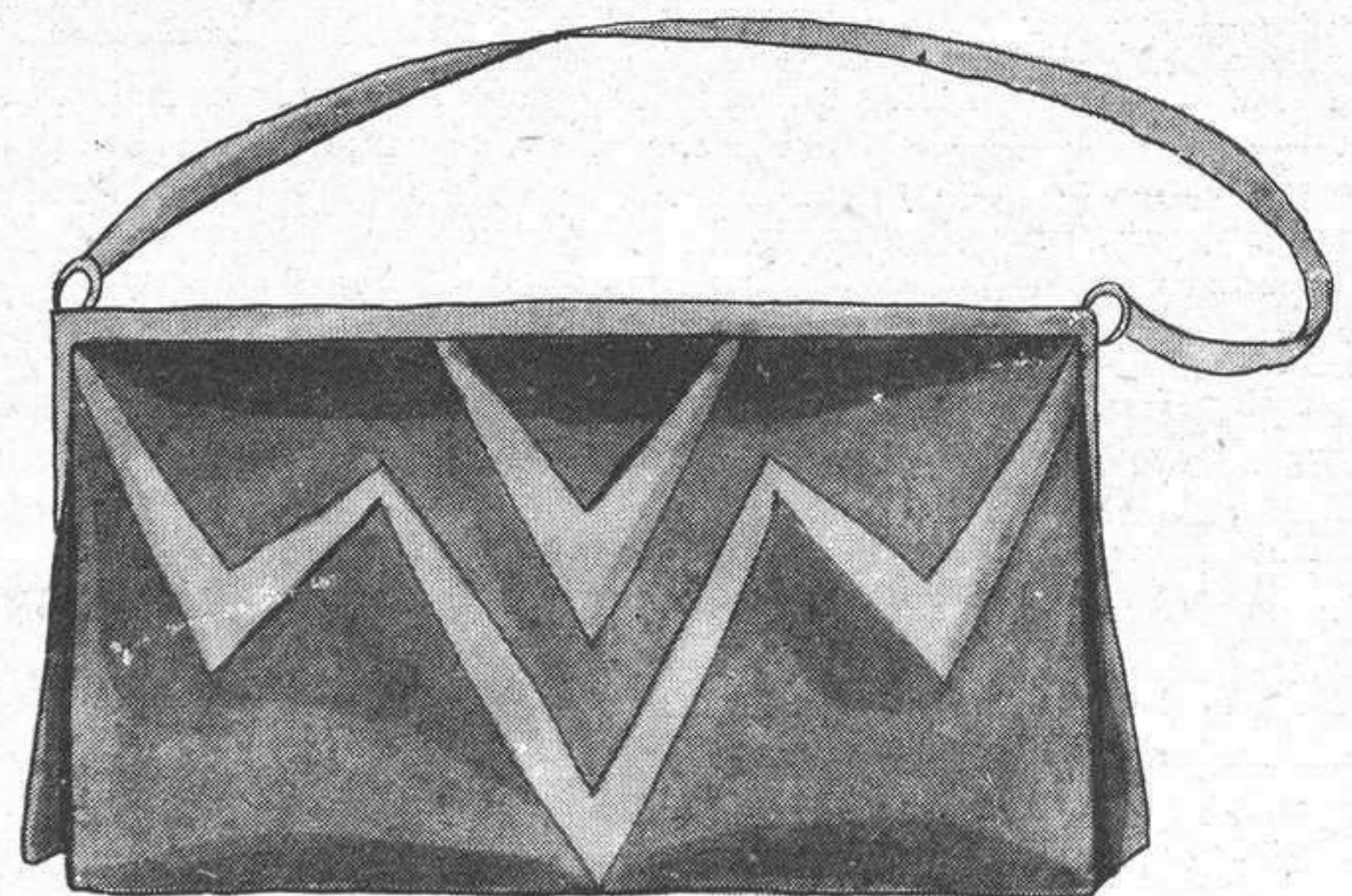
Vuelve a estar muy en boga la forma de este bolsillo de antilope marrón o negro, con una ancha tabla, sobre la cual va colocada la inicial de brillantes.



Bolsillo plano de ante negro, orlado por una ancha franja de piel de cocodrilo. El cierre es mitad de jade y mitad de onix.

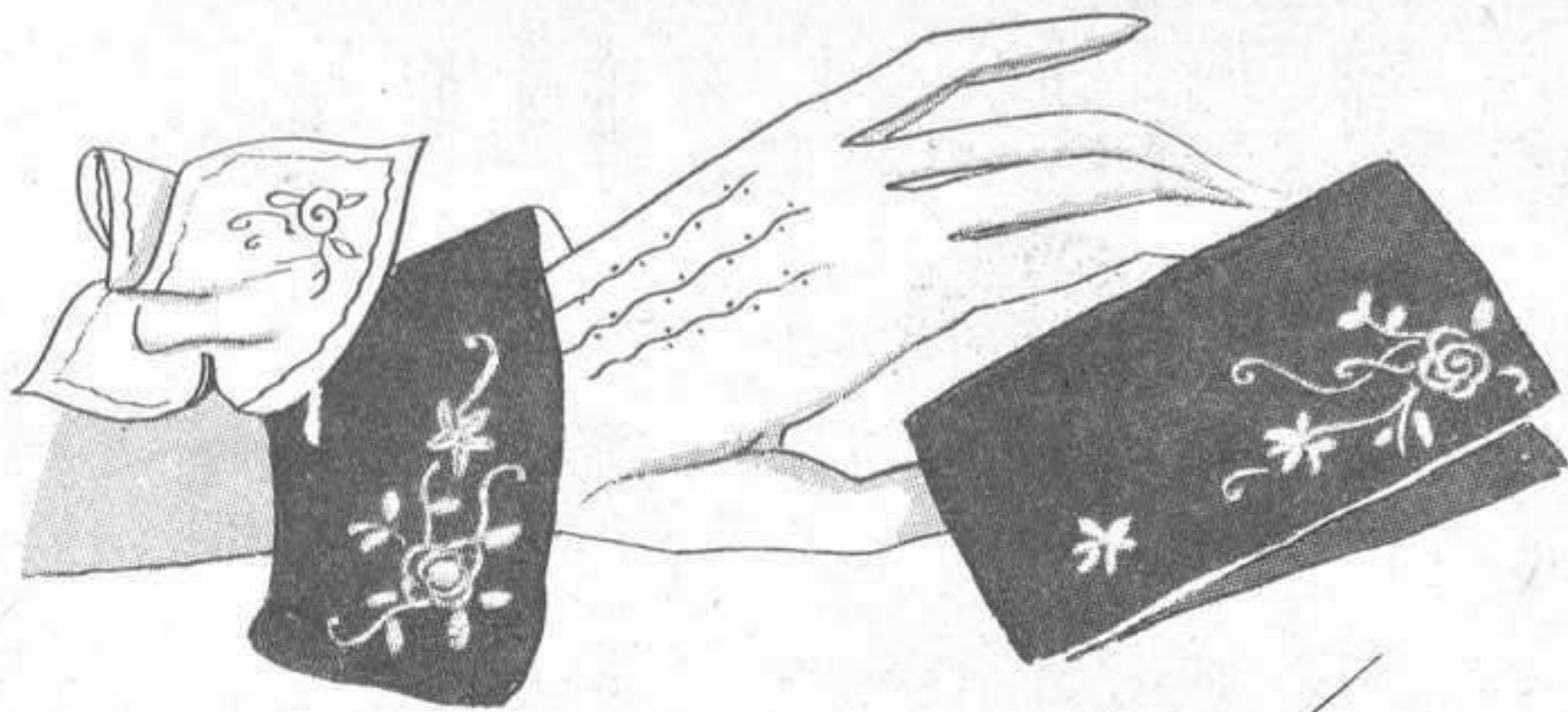


Este bolsillo de noche, de esmalte negro y rojo, o negro y verde, cuelga de una cadenita que sujeta el estuche, de idéntico esmalte, de la barrita de carmín.

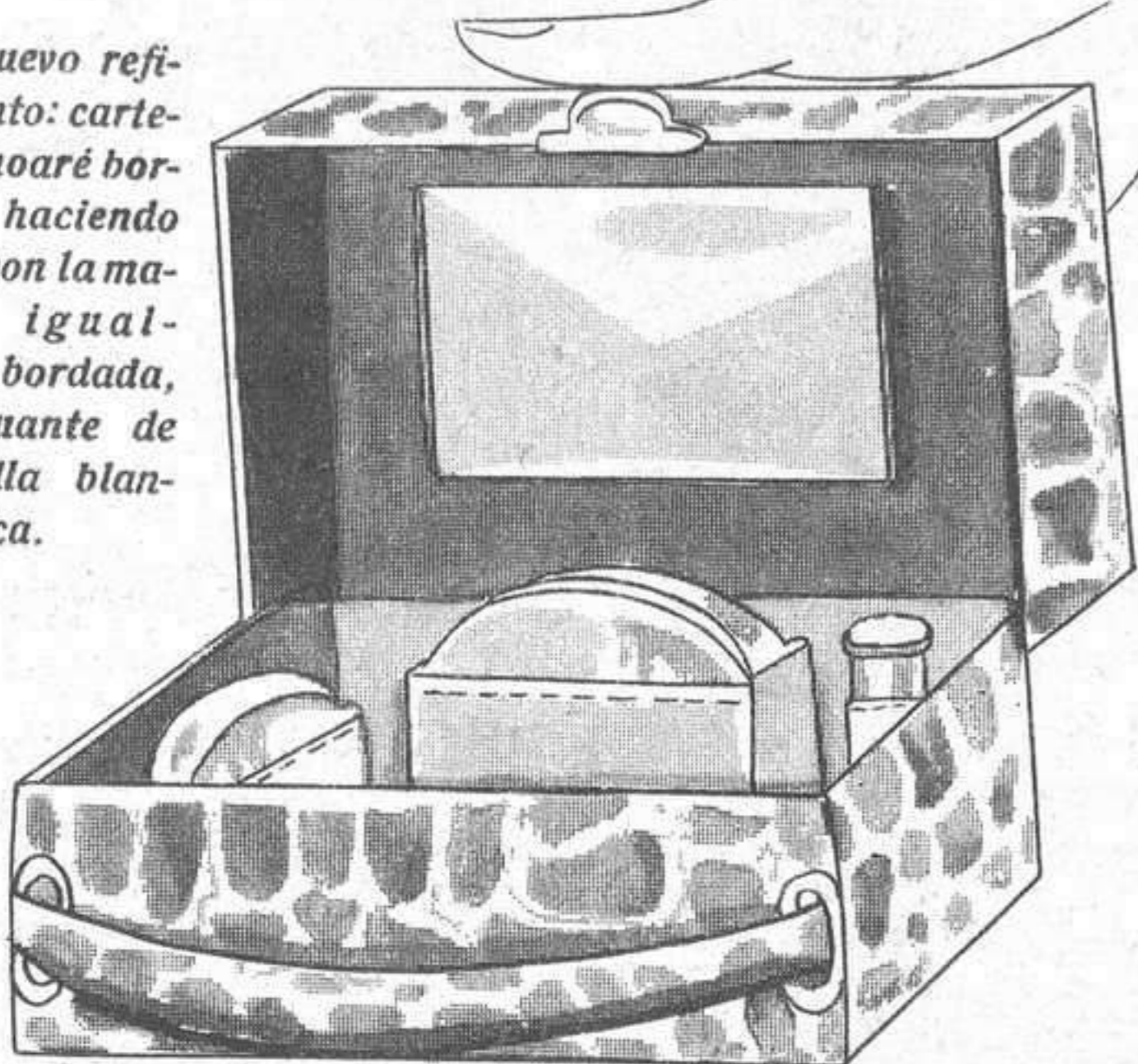


Bolsillo de box-catf rojo con una franja de moaré negro.

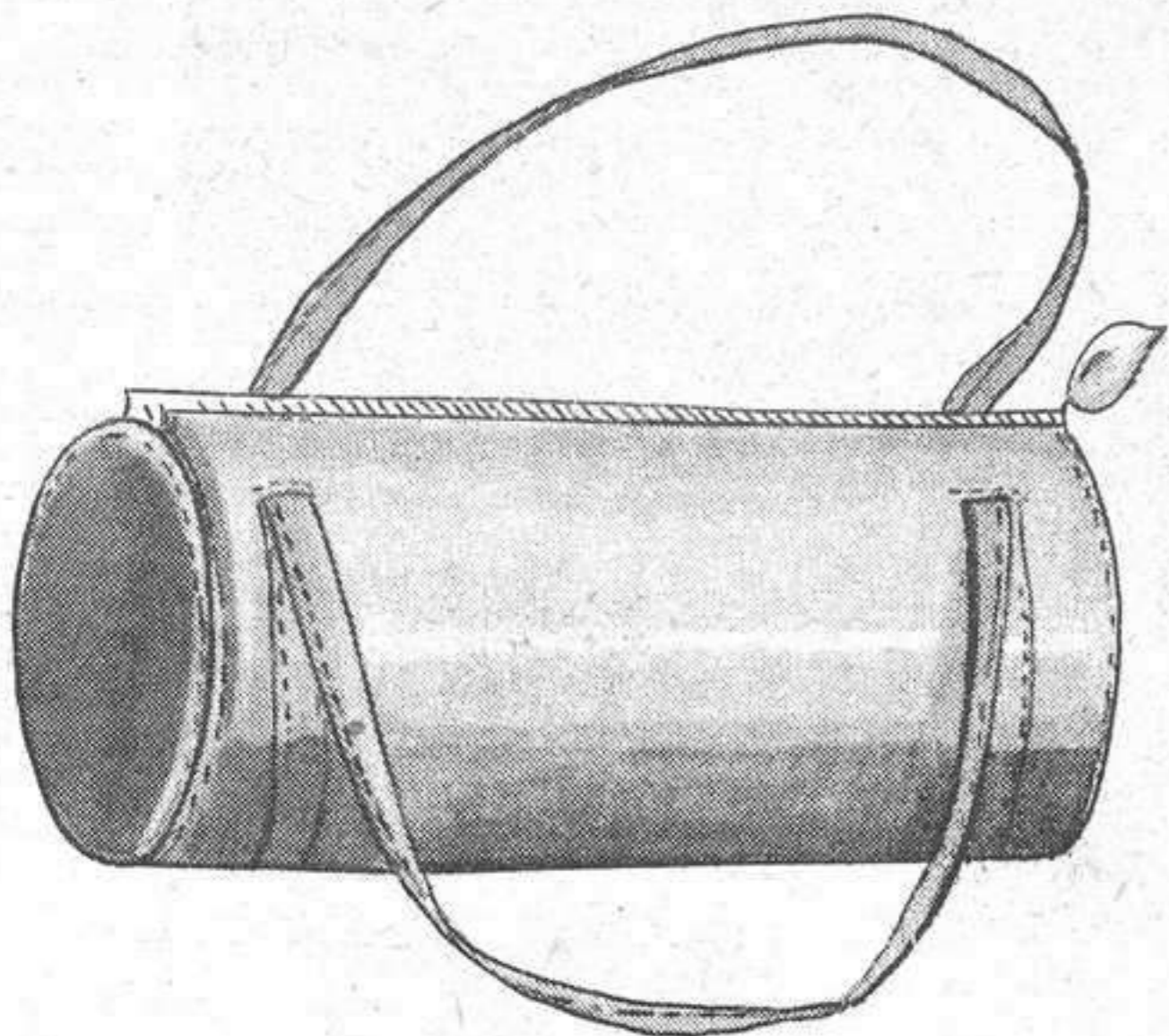
Bolsillo de antilope en dos tonos: marrón y beige claro.



Un nuevo refinamiento: cartera de moaré bordado, haciendo juego con la manopla, igualmente bordada, del guante de cabritilla blanca.



Para «auto», el maletín cuadrado de piel de cocodrilo contiene algunos objetos indispensables a la coquetería femenina.



El bolsillo cilíndrico, con el cierre de cremallera, es el «dernier cri» del momento. Resulta original, pero no muy práctico.



Este bolsillo de ante, con adornos de acero, hace juego con la manopla, igualmente adornada, del guante de ante claro.

CREMA  
POLVOS  
ELIXIR



### LO PRIMERO

que debe aprender el niño es la importancia que para su salud tiene una buena dentadura y los medios que ha de emplear para conservarla.

Con el empleo de un dentífrico adecuado, que no contenga abrasivos ni substancias capaces de irritar las mucosas bucales, podrá conservar todos sus primeros dientes hasta la erupción de los definitivos, asegurando de este modo una dentadura.

BLANCA, SANA Y FUERTE.

# PERBOROL

DENTIFRICO CIENTIFICO

# PERBOROL

BLANQUEA LOS DIENTES

FORTIFICA LAS ENCIAS

EVITA LA CARIES

# PERBOROL



## Para alargar los



Unos enrejados de tela o de cinta «gros-grain» añadidos al borde de la falda y de las bocamangas permiten alargar considerablemente el vestido, en el que ponen, además, una nota moderna.



Un vestido adornado con calados puede alargarse con dos tiras, pegadas con otros calados iguales; se logra el mismo efecto con un entredós de encaje.



Con un vestido de sarga del año anterior, se puede hacer un abrigo corto, que se coloca sobre una falda plisada.



Los vestidos con volantes ofrecen recursos valiosos; se añaden uno o dos volantes y ya está el vestido alargado.



# ECONÓMICA

## vestidos de las niñas



*En el bajo de un vestido de «toile de Jouy» o de muselina estampada, se coloca, formando un festón, una jareta de tela lisa; se adorna con tela igual el escote y las bocamangas.*



*El vestido puede colocarse sobre un viso, adornado en su parte inferior con un volante plisado igual al vestido.*



*También una cintura puede constituir una ayuda preciosa; basta para alargar el vestido con cortarlo y pegarlo a una tira bordada.*



*Si no se dispone de tela exactamente del mismo color que el traje, se acude a un efecto de «camaieu» —igual color, distinto matiz— o a un tono francamente opuesto.*

# A NUESTROS LECTORES

El presente número será el último de la primera etapa de **MUJER**. En la segunda, que no iniciaremos antes de vencer cuantas dificultades técnicas se opongan a la realización de todos nuestros deseos, procuraremos que la revista corresponda no sólo con nuestro ideal, sino con la cordial estimación que de ella ha hecho desde su primer número el selecto núcleo de lectores, cuya adhesión y apoyo agradecemos y agradeceremos siempre.

Los entusiasmos creados en torno a la idea de la amistad incógnita nos mueven a intentar que pueda continuarse tan original e interesante certámen.

Para ello, y a condición de reunir número suficiente de suscripciones, publicaremos, desde el sábado 15 de Mayo (1), una revista semanal, titulada **La Amistad Incógnita**, que no se venderá por números sueltos, ni podrá adquirirse de otro modo que suscribiéndose directamente en la Administración (no se admitirán suscripciones por medio de intermediarios).

En dicha revista, además de insertarse las comunicaciones de los amigos incógnitos, continuará la publicación de la Página de las Lectoras y la de las novelas **Detective por amor** y **Lady Irene**, cuyas peripecias vienen siguiendo con tanto interés nuestras lectoras.

Provisionalmente, sólo se admiten suscripciones a **La Amistad Incógnita** por un trimestre al precio de **14 pesetas**. (En este precio estará comprendido el franqueo certificado de cada número semanal.) Desde la publicación de este número hasta el 7 de Mayo de 1926 se admiten suscripciones a dicho precio.

Si recibiéramos gran cantidad de suscripciones, rebajariamos el precio de suscripción (abonando, naturalmente, la diferencia a quienes antes lo hubiesen pagado más caro).

Por consiguiente, el día 7 de Mayo, en vista de las suscripciones que se hayan recibido, decidiremos una de estas tres cosas: 1.<sup>a</sup> Publicar **La Amistad Incógnita** a precio más bajo del anunciado. 2.<sup>a</sup> Publicarla al precio anunciado. 3.<sup>a</sup> No publicarla. En este último caso escribiremos a las personas que se hayan suscrito avisándoles lo acordado y poniendo a su disposición la cantidad recibida.

A los actuales suscritores de **MUJER** les serviremos **La Amistad Incógnita** por un plazo equivalente al importe de los números no vencidos de sus respectivas suscripciones. Si algún suscriptor no está conforme con esta sustitución, podrá reclamar la devolución de dicho importe durante los quince días siguientes a la publicación del presente número.

## BOLETÍN DE SUSCRICIÓN

D. .... calle de .....

número ..... Pueblo ..... Provincia .....

se suscribe por un trimestre a **La Amistad Incógnita**. Su importe, de **catorce pesetas**, lo remite por Giro Postal (1), impuesto en ..... a nombre de ..... con fecha .....

(Población) (El que haya impuesto el Giro) (Firma.)

(1) Si no se utiliza el Giro Postal bórrese ésto y póngase el medio empleado: Valores declarados, cheque, etc.

Los boletines de suscripción y la correspondencia deben dirigirse a **Editorial "Saturnino Calleja", S. A.** (Para *La Amistad Incógnita*). **Apartado 447. Madrid.**

NOTA IMPORTANTE.—Los Giros Postales deben dirigirse solamente a **Editorial "Saturnino Calleja," S. A. Apartado 447. Madrid.**

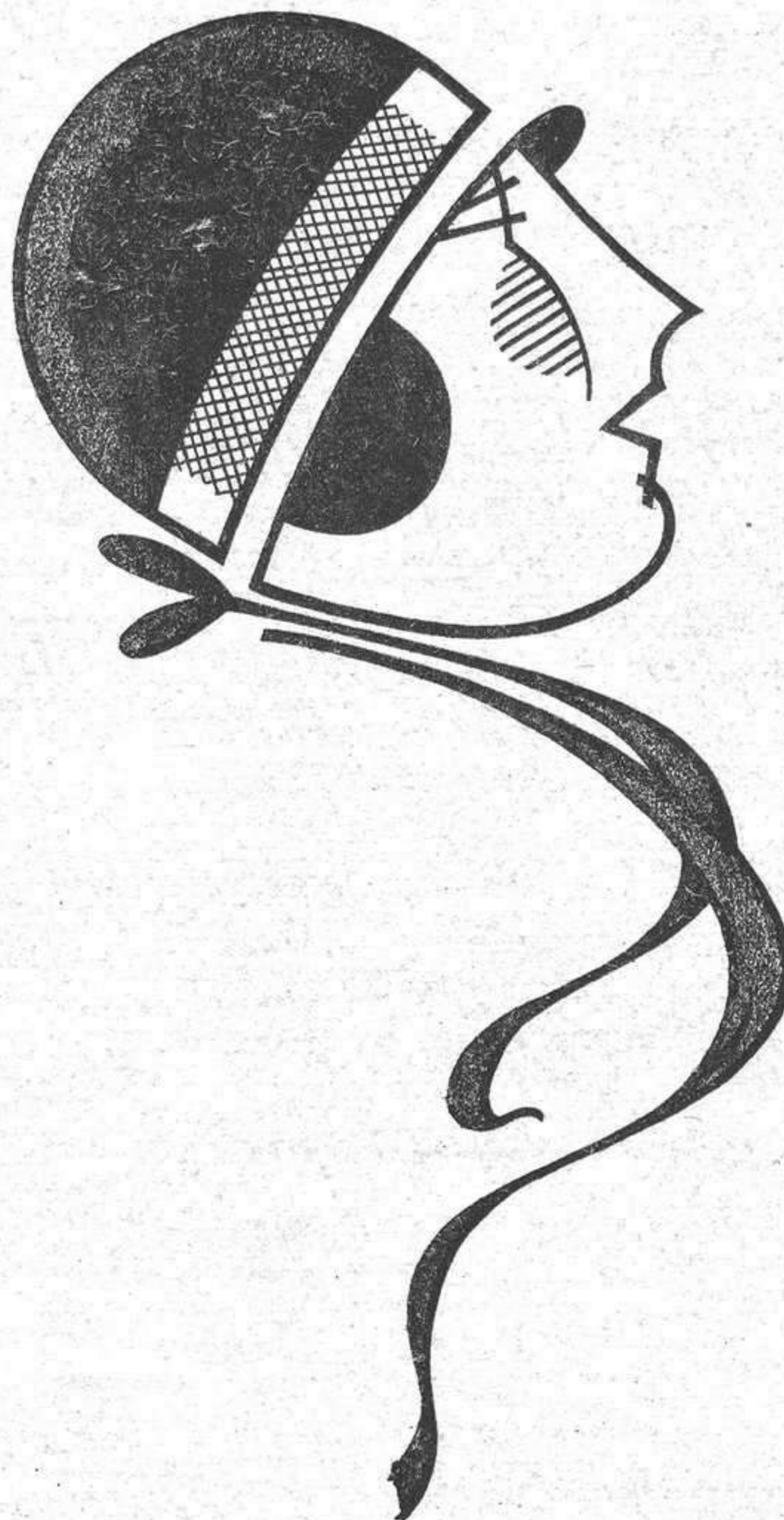
(1) Dejamos este plazo para dar tiempo a que nos lleguen las suscripciones. Por tanto, desde el 28 de abril hasta el 15 de mayo **no se publicará nada.**

AGOSTO ENERO  
DICIEMBRE MARZO  
1925 1926

# MUJER

*Revista del Mundo y de la Moda*

MU  
JER



AGOSTO-DICIEMBRE 1925  
ENERO - MARZO 1926

SE HA PUESTO A LA VENTA  
ESTA PRECIOSA TAPA PARA ENCUADERNAR LOS NÚMEROS 1 AL 28 DE

**M U J E R**

SE REMITE A DOMICILIO ENVIANDO SU IMPORTE DE SEIS PESETAS  
A LA ADMINISTRACIÓN DE MUJER :: APARTADO 447 :: MADRID

PARA LOS SUSCRITORES DE MUJER, EL PRECIO ES DE  
CUATRO PESETAS, CINCUENTA CÉNTIMOS